ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

SACRIFICIO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO ARNÁIZ E HINOJOSA

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

SACRIFICIO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción y cuantos le correspondan por las leyes.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de los HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SACRIFICIO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO ARNÁIZ É HINOJOSA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE CERVANTES de Málaga la noche del 30 de Enero del 1899

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

Córdoba 18 de Febrero de 1899.

Al publicar mi drama **Sacrificio**, *acuden á mi pluma los nombres de actores insignes de la escena española, á los cuales debo el éxito inesperado de mi modesto trabajo literario: el de Antonio Vico, que al declinar su vida, sostiene con energías portentosas su gloriosa carrera; el de su sobrino Antonio Perrín y los de Concha Constan y Manuel Espejo. A éstos dedico mi obra; al primero, por haberme vaticinado el triunfo con frases que quedaron profundamente grabadas en mi memoria el día de su lectura; al segundo, por haber interpretado de una manera admirable el personaje principal del drama; á Concha Constan y Manuel Espejo, porque, inspirándose en los verdaderos caracteres de les personajes, interpretaron con conciencias de verdaderos artistas sus respectivos papeles.*

Reciban, pues, estos geniales actores el débil testimonio de admiración y gratitud que por ellos siente y les profesa

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES (22 años).....	SRA. CONSTAN.
PATRICIO LEIVA (52 ídem).....	SR. PERRÍN (A.)
RICARDO (48 ídem).....	CORREGEL.
FERNANDO (28 ídem).....	NAVAS.
EUSEBIO (70 ídem).....	ESPEJO (M.)
ESTÉVANES (34 ídem)	BASSÓ.
PEDRO (21 ídem).....	PERRÍN (R.)
CABO DE CABALLERÍA.....	VARELA.
ORDENANZA DE IDEM.....	PERRÍN (J.)

ÉPOCA CONTEMPORANEA

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

Salón decorado lujosamente, con puerta al foro, que comunica con salón de paso ó galería. A la izquierda chimenea de leña entre dos balcones; delante de la chimenea una pantalla de cristal ó lienzo pintado. A la derecha, dos puertas que comunican con las habitaciones interiores; en el hueco de estas dos puertas un pupitre pequeño. Próximo al proscenio, y á la izquierda, un velador con tapete, y encima un timbre; á la izquierda un sofá, y á ambos lados del mismo butacas. A la derecha del proscenio una mesa de tresillo preparada para el juego, con candeleros, fichas y barajas. Arañas y candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA

EUSEBIO y PEDRO. Este arregla la chimenea

EUS. (Restregándose las manos.) ¡Este Madrid no es para viejos! (A Pedro.) Coloca ese tronco encima. ¿No ves que está apagado?.. ¡Vamos, vivo!

PEDRO (Impaciente. Acento aragonés.) Ya voy, señor Eusebio... ¡Otra que!...

EUS. ¡Ss!... A callar sin maldecir. ¿Crees que te hallas todavía entre baturros? (Con mal humor dirigiéndose á la mesa del tresillo.) ¡Estos soldaditos de ahora!...

PEDRO (Incorporándose.) ¿Me manda usted otra cosa?

EUS. Por ahora nada... ¡Ah! (Pedro se detiene.) Charola el cabestrillo más pequeño por si lo necesitara el general... ¡sin arañarlo! ¡Estoy ya

607241

de cabestrillos hasta el pelo! ¡Pobre señorito! Dos meses lleva manco por aquel maldito balazo.

PEDRO ¡Bueno fué! Yo iba á su lado y sonó el hueso como un plato roto. Pero oiga usted, señor Eusebio, ¿es que hacen cosquillas las heridas?

EUS. ¡Cosquillas!

PEDRO Como se sonrió el general, yo creía que...

EUS. ¡Cuidado si eres listo! Si puso la cara alegre, es porque tiene el alma muy grande para dominar el sufrimiento.

PEDRO ¡Ya!

EUS. ¡Ah! si tú lo hubieras conocido antes, en su primera carrera de pollo. (Ponderando con entusiasmo.) Veinte años; guapo como ya no nace hombre; tirando por todas partes la alegría y el dinero... poco más ó menos como ahora. ¡Ya ves, abrigarse los riñones con la faja de mariscal de campo á los cincuenta años!

PEDRO Sí; pero usted no le cuenta las heridas.

ESCENA II

DICHOS y RICARDO

RIC. (Desde el foro avanzando.) ¡Hola, Eusebio!

EUS. (Con alegría respetuosa.) Buenas noches, mi coronel.

RIC. ¿Y el general?

EUS. Lo dejé con la señorita, que le estaba poniendo el cabestrillo.

RIC. Entonces no tardará. (Sentándose al lado de la chimenea.) Aquí se está mejor que en el Maestrazgo, ¿eh?

EUS. Vamos, mi coronel, que aquellas candeladas que armábamos en las cocinas... ¡Dios! ¡Si parecía que iba á arder el mundo!

RIC. ¡Y como deleita el fuego después de tiritar doce horas á caballo, cuando los pies no sienten los estribos!

EUS. Es verdad, mi coronel... ¡Jé, jé!

RIC. Después, sobre la mesa coja la tortilla del

soldado y el arroz con pollo, para terminar el banquete con aquellos trozos de adoquines que tú llamabas queso. ¡Já, já, já!

EUS. (Riendo.) Por eso los remojaba usted tanto. (Ejecuta la acción de empinar la bota.)

RIC. Sí; con la bota bienhechora; aquella que fajaba entre mis manos hasta convertir su cuerpo de matrona en cintura de señorita.

EUS. ¡Qué estrujones! (Se calla con cómica indignación al ver á Pedro escuchar el diálogo.) Pero, ¿qué haces tú aquí? ¿Vas á formar tertulia? (A Ricardo.) ¡Estos soldaditos de ahora!... (Pedro confuso se retira por el foro.)

RIC. (Señalando á Pedro.) ¿Tenían los de tu época la sangre más generosa?

ESCENA III

DICHOS menos PEDRO

EUS. No digo tanto; pero ¡qué tiempos aquellos, mi coronel, cuando yo era asistente del padre del general! (Con entusiasta alegría.) Para combatir el frío pantalón de lienzo roto. ¡Jé, jé, jé!... El estómago vacío y las piernas como dos hilachitas, pero la sangre... ¡oh! esa brincaba en las venas, convirtiendo en llanuras aquellas montañas del Norte. (Con sentimiento de amargura.) En fin, todo tiene su término, y esta pobre máquina cristina que tantos cartuchos mordió, apenas si tiene ahora fuerza para mascar el agua.

RIC. (Levantandose.) ¡Bah, bah! Dejémonos de tristezas. ¿Y el médico, qué dice?

EUS. Que está su excelencia completamente curado. De aquí su empeño en volver á campaña. ¡Oh! y lo conseguirá, que una espada como la del general Patricio Leiva...

RIC. Luego, como la señorita lo ha cuidado tanto... ¡Es un ángel!

EUS. ¡Pues no faltaba otra cosa! Es que si fuera mala... (Con recelo.) ¿No es verdad, mi coro-

nel, que es muy grande esa diferencia de edades? Ya ve usía, ¡treinta años que le lleva!

RIC. ¿Y eso qué importa? La mujer se forja la novela del amor á su gusto: que ama al viejo, lo convierte en joven; que aborrece al joven, lo transforma en viejo; así, Eusebio, créeme, no hay edades para las hembras.

EUS. Sin embargo...

RIC. Vaya, vaya; no eres voto. Sientes ya mucho frío en la sangre para discurrir sobre esa materia.

EUS. Si lo decía es porque... (Guarda silencio como espantado de su pensamiento.)

RIC. ¿Por qué lo decías?

EUS. Pues porque tengo miedo de pensar... ¡Qué quiere usía, los viejos!...

RIC. (Sorprendido.) ¡Miedo!

EUS. (Con precipitación.) ¡No, no hay nada!... Pero siento unos gritos en mi interior... corazonadas tontas de viejo chiflado, ó voz secreta de tristes presentimientos.

RIC. Habla, Eusebio; soy su amigo... yo debo saber...

EUS. ¡No!... Si no hay nada... Y, á pesar mío, pienso y temo... (Calla y retrocede con sorpresa al escuchar la voz de Mercedes, que entra en escena por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV

DICHOS y MERCEDES

MER. (Llamando.) Eusebio. (Viendo á Ricardo.) ¡Ah! ¿Usted aquí, Ricardo? (Tendiéndole la mano.) ¡Qué abandonados nos tiene!

RIC. Sí. No pude rechazar una invitación que me hicieron para pasar ocho días horrorosos en Aranjuez. ¿Y Patricio?

MER. Bien. Acabo de ponerle el cabestrillo.

RIC. ¿Pero todavía necesita su brazo esa cama de charol? Pues mire usted, Mercedes, que como

no se cure pronto le dirijo al cielo una protesta.

MER. (Riendo.) ¡Al cielo!

RIC. ¿Cree usted bien hecho que la olviden allá arriba por haber bajado á la tierra á cuidar á su Patricio?

MER. (Riendo.) ¡Pobre de mí! Estoy tan baja que tengo que levantar mucho la cabeza para mirar al cielo.

RIC. ¡Buena gimnasia, Mercedes! No la abandone usted nunca.

MER. No es fácil. (A Eusebio.) El señor me encargó que te llamara: está en su despacho. (Se dirige á las butacas. Vase Eusebio por la primera derecha.) Siéntese usted, Ricardo.

ESCENA V

MERCEDES y RICARDO

RIC. Cuénteme usted, Mercedes: ¿se divierten ustedes mucho?

MER. Pues ya conoce usted nuestra vida. Solo el empeño de Patricio de llevarme al Real me hace salir de casa, porque en ninguna parte estoy más contenta que aquí. (Señalando la chimenea.) El fuego que acaricia en el salón en vez del hielo que muerde fuera; un círculo pequeño, muy pequeño, de amigos; la música de la afección que hace vibrar las fibras del sentimiento con más fuerza que el canto de la *diva*... y la quietud, ese egoismo de la felicidad que ama el silencio, para no perder ni una de sus sensaciones.

RIC. ¿Conque es usted tan feliz?

MER. ¿No lo he de ser?

RIC. Es verdad; pocas mujeres habrá tan felices como usted, porque hay pocos maridos como Patricio Leiva: hay que convenir en ello. (Con lentitud observando á Mercedes.) Un hombre que puede reirse de los años, y hasta de la placa de San Hermenegildo que ostenta al

pecho delatando su edad... ¡Qué quiere usted, hija mía, el tiempo lo hizo Dios de materias tan variadas! Para unos de pluma, para otros de plomo.

MER. (Con vehemencia.) ¿Y de agradecimiento, no lo hace también? ¿Qué porvenir esperaba á la huérfana desvalida si Patricio no hubiese accedido á la súplica de mi padre moribundo?

RIC. Odioso hubiera sido desoir el ruego del compañero de armas que murió como un héroe. Por eso la adoptó á usted como á una hija.

MER. Para cuidarme de niña, para darme su apellido cuando me convertí en mujer. No sabe usted, Ricardo, lo que liga la gratitud.

RIC. Pero, vamos á ver, Mercedes; ¿usted cree que puede entregarse el corazón á cambio del agradecimiento?

MER. ¡No lo he de creer!

RIC. Guarda el corazón tanta reserva...

MER. No sé lo que harán con los suyos otras mujeres: yo no respondo más que del mío.

RIC. Entonces hace usted bien en preferir su casa á la sociedad, porque aun no sabe usted los latigazos que pega.

MER. Será á la que presente su cuerpo á ese látigo infamante. ¿Usted comprende que, unida a Patricio, puede llegar hasta mí?

RIC. ¡Tiene tan fina la tralla!... ¿Y qué gente viene de noche?

MER. Siempre la misma. Nuestras amistades no varían. El doctor Estévanes cuando sus enfermos le dejan; el general Santero con su hija Pilar; los condes de Valera y, como cantidad constante de la amistad y del deber, Fernando.

RIC. (Con intención.) ¡Oh! ¡Buen muchacho es Villalar! Tiene Patricio buena mano para elegir ayudante.

MER. Como le conoció tan pequeño...

RIC. Sí; ya recuerdo que le embobaban sus travesuras, su imaginación vehemente y despierta.

MER. Y él le corresponde cubriendo con los cor-

dones de ayudante un corazón que solo pertenece á su general.

RIC. No, todo no; que una parte de él le pertenece á usted por derecho de antigüedad y de recuerdos. ¡Se conocieron ustedes tan niños. Además, Fernando tendrá otros afectos que podrían distraerle, nublar recuerdos y arrebatar cariños de la infancia. Ya ve usted, ese muchacho puede entregar su corazón á alguna, y entonces, ¡oh! entonces se quedan ustedes sin él como yo me quedé sin abuela. ¡Si viera usted, Mercedes, la amistad del hombre cuán fácilmente la destruye la mujer querida!

MER. ¿Pero está enamorado Fernando?

RIC. (Observando con intención á Mercedes.) Es muy fácil. ¡Pues no está poco pretendido!

MER. ¿Sí? Cuénteme usted. (Con infantil curiosidad.)

RIC. Precisamente anoche, en el Real, me estuvo contando el marqués de Encinares una anécdota... (Mira á Mercedes que sólo demuestra curiosidad.) ¡Oh, la juventud!...

MER. ¿No prosigue usted?

RIC. Es una anécdota mundana de la que si eliminamos los personajes solo queda la eterna vulgaridad.

MER. ¡Ya! Pero tenga usted cuidado que miente mucho la crónica escandalosa.

RIC. No. El origen de la historieta garantiza su veracidad.

MER. Bien. No quiero saber la historia, pero ¿es secreta la heroína?

RIC. Puedo referirle á usted el pecado sin denunciar á la pecadora. ¡Ah! (Mirando el foro en donde se detiene Fernando.) Ahí tiene usted quien puede contestarla mejor.

MER. Fernando... (Con naturalidad dándole la mano.)

ESCENA VI

DICHOS y FERNANDO

FERN. A tus piés, Mercedes. Mi coronel..

RIC. (Dándole la mano.) Buenas noches, pollo.

FERN. (A Mercedes.) ¿Y el general?

MER. Bien. No puede tardar en venir. Siéntate.

FERN. (Sentándose al otro lado del velador á la izquierda de Mercedes.) ¿Qué dice Estévanes de la herida?

MER. Que ya está cicatrizada; pero ha ordenado que no abandone el cabestrillo por ahora.

RIC. Sin duda para evitar algún golpe. En fin, pronto tendrá los dos brazos. Amigo mío, eso de tener fuertes y completas las defensas... (Extiende los brazos y los puños cerrados con fuerza.) Y qué, ¿se monta mucho, Villalar?

FERN. Todos los días. Llevo el caballo del general á la Moncloa y le doy cada jabón...

MER. No me gusta nada ese caballo.

FERN. Si es un cordero. (Riendo.)

RIC. Mercedes se figura que su marido va á proseguir la campaña en coche.

MER. Si me dejaran la elección, ¡que pronto se quedaba de cuartel!

FERN. No está la época para eso. ¡Arrinconarse ahora!

RIC. ¡Qué le vamos á hacer! Esta guerra carlista nos impone á todos un sacrificio. (Con intención.) Y si no, ahí tiene usté á Villalar, futuro conde de Almoceras, al afortunado mortal que todo le sonríe, riqueza, nombre y amores; pues aquí lo tiene usted dispuesto á marchar alegre, lo mismo á las cordilleras del Maestrazgo que á las heladas cumbres navarras y vizcaínas. Eso es vocación y lo demás son tonterías. ¡Y pocas lágrimas que se derramarán por su ausencia! ¿Usted cree que no sabemos sus secretos de *boudoir?* (Al ver el ademán negativo de Fernando.) ¡No! ¡Sin

protesta! Es claro; si esas páginas no las escribe usted ahora en el libro de su vida, ¿las va á anotar cuando tenga ochenta años?

FERN. (Sonriendo.) Mi coronel, si no protesto; únicamente...

RIC. ¿Qué le parece á usted, Mercedes? He aquí un verdadero modelo de amantes como ya no existen en España. La reserva, amigo Villalar, es una virtud con la que se viste el honor.

FERN. Y, en cambio, si pregonase amores que no existen, caería en la ridícula vanidad del necio.

MER. Perfectamente, Fernando.

RIC. ¡No! Yo aplaudo su reserva; pero esta no puede ser tan absoluta que no deje al descubierto un girón de su misterio.

MER. (Riendo.) Tenga usted caridad.

FERN. No; déjale que hable.

RIC. Si me reta usted lo cuento.

FERN. No me importa... ¡Atención, Mercedes!

RIC. Pues se dice que el día menos pensado nos va á dar una sorpresa. Pero ¿á que no adivina usted cuál?

MER. No es fácil.

RIC. Pues... ¡casándose!

FERN. ¡Yo!...

MER. ¡Casandose! ¡Ah! eso es cosa seria. Creí al principio que se refería usted á alguna efímera pasión de hombre libre; á uno de esos juegos de sentimientos vulgares que apenas desfloran el corazón; pero casarse... ¿Y es cierto? (A Fernando.)

FERN. ¡No!

RIC. ¡Sí!

FERN. (Riendo, y repentinamente, como si acudiera una idea á su memoria.) ¡Ah!.. Ya adivino el origen de la noticia. Mi madre desea que me case, y pregona su aspiración. Es una manía de la pobre señora el soñar de recio.

MER. Pues haces mal en no seguir el consejo de la experiencia.

FERN. Es el único que rechazo. Los afectos del corazón se rigen por una ley muy absoluta.

MER. A veces se acepta con frialdad lo que después crece hasta convertirse en pasión.

FERN. ¿Y no es más seguro empezar la vida queriendo para terminarla adorando? Yo amaré, no sé á quien todavía; pero si por desgracia no pudiera alcanzar la mujer querida, mediría la grandeza de mi pasión por la inmensidad de mi martirio.

MER. ¿Por qué has de tener esa desgracia?

RIC. Porque presiente algo misterioso, ó sueña con una imagen que ya lleva en su corazón. ¿Usted qué opina, Mercedes?

MER. (Riendo forzadamente.) No alcanza mi vista lo insondable.

FERN. Tiene poca experiencia de la vida para contestar á esa pregunta.

RIC. No; que á veces la astucia femenina descubre los secretos del corazón con más facilidad que la experiencia del hombre.

MER. ¡Decantada astucia femenina si no la destruye el cariño; si no nos envolviese un manto impenetrable de ignorancia que deja á la mujer sin escudo! ¡Sueños, idealismos y luchas misteriosas de pasiones, en las que no siempre triunfa la buena causa...

RIC. Y hace girones un honor; este es el corolario.

MER. O lo conserva intacto: esta es la moraleja. (Con acento alegre, viendo á Patricio que entra en escena por la primera derecha con el brazo izquierdo en cabestrillo.) ¡Ah! ¡Patricio!...

ESCENA VII

DICHOS y PATRICIO

PAT. (Con voz fuerte y alegre.) ¿Tienes puesta cátedra, Mercedes? (Todos se levantan.) Buenas noches, Fernando. (Le da la mano.)

FERN. ¡Mi general!...

PAT. (Dando la mano á Ricardo.) Adiós, buena pieza.

RIC. ¿Cómo va ese brazo?

PAT. Perfectamente. (Toma asiento al lado de Mercedes.) Hoy es el último día que me pongo el cabestrillo. (Riendo á Mercedes, que hace un ademán de protesta.) Sí; aun cuando me riñas.

MER. ¿Pero qué te importa llevarlo unos días más?

PAT. ¿Qué me importa? Pues ahí es nada no poder estrechar un pecho amigo más que á medias. No; mañana despliego las alas. (Con ternura.) ¡Tengo unos deseos de ponerme en cruz delante de cierta imagen!... Ya veo que Santero no ha venido.

MER. No creo que salga con una noche tan cruda.

PAT. ¡Pobre! El reuma lo crispa.

RIC. Como á mí me crispa su hija.

MER. ¡Pues si es tan buena!

PAT. Y yo que pensaba casarte.

RIC. (Con espanto cómico.) ¡A mí!... ¡Antes me casaba con una bala de cañón!

PAT. Yo te convenceré. ¿Qué tal mi Guerrero, Fernando?

FERN. Bien, mi general. Algo se rechifla en los saltos, pero se va confiando.

PAT. Pues duro con él. (A Mercedes.) ¿Qué tema se debatía cuando llegué, que estabas tan entusiasmada?

MER. Era una disertación que planteó Ricardo.

PAT. ¿Sobre qué?

MER. Sobre el corazón femenino.

PAT. ¡Hermoso asunto! Y decías...

MER. Como Ricardo se empeña en comparar á cada mujer con un Argos, trataba de demostrarle que nuestra sagacidad se oculta en cuanto aparece el cariño. Más claro, que quedamos ciegas.

PAT. Dichosa ceguera cuando la causa ese afecto. ¡Es verdad!

MER. ¿Ve usted, Ricardo, cómo me dan la razón? Ha salido usted derrotado.

RIC. Y usted ciega.

MER. (Riendo.) Sí: ciega por mi Patricio.

PAT. Pues sigue así todo lo que me resta de vida. Pisa fuerte y marcha recta, sin miedo á tropezar, mira que te guía un buen lazarillo. (Le coge la mano con ternura.)

RIC. También comentábamos murmullos del *foyer* del Real... sutilezas que adivinan...

FERN. (Interrumpiéndole con alguna vehemencia.) No, mi coronel; diga usted con más exactitud hablillas de desocupados; conjeturas infundadas, sin otro basamento que la falsedad de indicios.

RIC. O de realidades. Crea usted, amigo mío, que cuando el río suena...

FERN. Mete ruido: no hay duda. A veces los míseros arroyuelos producen más estruendo que los ríos más escandalosos.

PAT. (Riendo.) ¡Pero de qué se trata!

FERN. De una enormidad.

RIC. De una determinación.

MER. De una posibilidad.

PAT. ¿Pero qué es?

RIC. ¡Pues nada menos que del casamiento de tu ayudante! (Riendo con aire de triunfo.)

PAT. (Con sorpresa.) ¡Que te casas! ¿De cuándo acá me guardas esa reserva?

FERN. ¡Yo reservado para usted! Si es que no hay nada de eso. Yo le afirmo...

PAT. ¡Ya me extrañaba á mí! (Riendo.) ¡Bah! cosas de Ricardo. Pero voy á darte un consejo: si encuentras en el camino de tu vida, en ese que ahora recorres á saltos, una mujer como Mercedes, no pierdas su huella, búscale el corazón y róbaselo, ¡róbaselo sin temor, que para ese delito no hay jueces que te condenen! (Se levanta y se sienta al extremo izquierdo del sofá. A Ricardo.) ¿Sabes que he visto esta tarde al ministro? Ven y siéntate.

RIC. (Aproximandose con curiosidad.) ¿Sí? Cuéntame. (Se sienta á su izquierda.) Supongo que habrás rechazado... (Hablan con animación en voz baja.)

MER. ¿Es cierta la noticia de Ricardo?

FERN. No, Mercedes.

MER. ¿Por qué lo niegas? No me parece ninguna enormidad esa determinación que podría labrar tu dicha. (Sonriendo y bajando algo la voz.) Pero ahora en secreto, ¿me vas á nombrar la afortunada? (Ricardo sin dejar la conversación con Patricio, indica en su actitud que escucha el diálogo de Mercedes y Fernando.)

FERN. (Con amargura y pasión.) ¡Nombrarte la que no existe! Si en vez de acoger con tanta credulidad esa versión me preguntaras por la que llena mi alma de ternuras... ¡oh! entonces tal vez te dijera el nombre de la mujer amada, que solo admite una rival.

MER. (Riendo para ocultar su emoción.) ¿Una rival? Luego tolera la competencia.

FERN. ¡Sí! ¡Con la muerte!

MER. ¡Oh!... ¡Qué alta la has colocado!

FERN. Para que no la manche la tierra... Pero al escudarla con el cielo me impuse el martirio de perderla para siempre. ¿Me oyes, Mercedes?... ¡Para siempre!

MER. Esa pasión, por lo que dices, debe ser un idealismo. ¿Estás en el caso de idealizar siendo libre?

FERN. ¿Y qué puede importarme la libertad, ese don divino del cielo, si la faltase á ella? (Ricardo hace un brusco movimiento de indignación.) ¿Para qué necesita tanta luz y tanto espacio, y tanto aire el ave al que le cortan las alas?

MER. Entonces persigues una quimera.

FERN. ¡Sí! Una quimera que me da la vida, y ahuyenta mi desesperación por no poder alcanzar al ángel soñado en mi niñez.

MER. ¡Basta, Fernando!

RIC. (Aparte con profundo sentimiento.) ¡Oh, qué infamia!

PAT. ¿Pero no me escuchas, Ricardo? ¡Qué preocupado estás!

RIC. (Con sonrisa forzada.) ¡Yo preocuparme!... No, Patricio.

PAT. Como no te fijas en lo que te hablo, ni me contestas á la pregunta que te he hecho por dos veces...

RIC. (Confuso.) Es que pensaba en...

PAT. Vamos, díme: si me dan la división prometida, ¿quieres el mando de media brigada?

MER. (Con Augustia á Fernando. Aparte.) ¿Has oído?

RIC. ¡Pues no he de quererla! Esas cosas no se preguntan: ¡á campaña y á tu lado! (Se aproxima a Fernando.) ¡Hola, la gente moza! ¿Le

contaba usted á Mercedes sus proyectos del porvenir?

FERN. No: le hablaba del pasado.

PAT. Vamos; una especie de examen de conciencia.

RIC. La juventud no debe mirar atrás, siempre al frente.

FERN. Es que el pasado salta y puede convertirse en porvenir.

RIC. (Con ira que reprime.) Sí; á veces da ese salto, que puede ser mortal.

FERN. ¡Oh, mi coronel!... (Ríe ocultando su disgusto.)

PAT. ¿Pero tú le vas á hacer caso?

MER. (Tratando de dominar el temor.) ¡Pobre Fernando! Respetemos los secretos de su corazón... las inclinaciones más sagradas de su alma.

RIC. Que ya no son misterios para mí.

FERN. Bien, mi coronel; siga usted en esa creencia absurda que el tiempo desmentirá.

RIC. Acepto el plazo y al tresillo. (A Patricio.) ¿No te parece?

PAT. Como gustes. ¿Vamos, Mercedes? Anda, Fernando. (Se aproxima á la mesa de tresillo y queda á la izquierda de ella; á su derecha Mercedes, de espaldas al espectador; á la derecha de ésta Fernando, y Ricardo frente á Mercedes. Sacando una carta.) Oros. Doy y aquí me quedo. (Se sienta.)

RIC. (Sacando una carta.) Espadas. Saque usted, Fernando.

FERN. (Levantando una carta.) Copas.

PAT. No tienen ustedes que moverse. (Todos se sientan. A Mercedes.) Baraja por mí. (Mercedes baraja y la da á Ricardo que corta, repartiendo después las bazas.)

RIC. (A Patricio riendo.) Así ya se puede perder una extremidad.

PAT. Pues chico, la cosa es fácil; cásate con la de Santero y que te rompan un brazo. (Todos ríen.) Ella barajará por tí.

RIC. Si me dejaran la elección optaba porque me rompieran un hueso.

MER. Gracias en nombre de mi sexo. (Enseñándole á Patricio su juego.) Toma, Patricio. (Se inclina para ver las cartas de Fernando.)

FERN. Paso. (Habla con Mercedes)

RIC. Paso.

PAT. Juego. Empiezo la noche con fortuna; ¿no es verdad, Mercedes?... (En voz más alta al notar la distracción de esta) ¡Mercedes!

MER. (Mirando las cartas de Patricio.) Sí... ¡Buen solo!

RIC. ¿Solo?

PAT. (Riendo.) Sí; solo con esta. (Señalando á Mercedes.) Pronunciar esa palabra, *solo,* me da miedo. Roben ustedes espadas. (Mercedes se inclina para ver el robo de Fernando.)

FERN. (A Mercedes, riendo.) Juega á espadas. ¡Le venzo sin remedio! (Echando una carta cuando todos se han descartado.) Vamos á ver ese rey.

RIC. ¡Pobre mártir! (Echa una carta.)

PAT. No; que tengo bastos. (A Mercedes.) Sirve bastos... (Algo impaciente al notar la distracción de Mercedes, que mira las cartas de Fernando.) Sirve bastos, Mercedes.

MER. (Confusa, señalando una carta.) ¿Esta?

PAT. Sí (Mercedes echa una carta.) Ya tienes una baza. (A Fernando, que dobla la baza y echa otra carta. Ricardo sirve.) ¿Me vuelves á repetir bastos? (A Mercedes.) Sirve el siete. (Mercedes echa una carta; dobla la baza Fernando y sale de nuevo, sirviendo Ricardo.) ¡Hola! ¿Ahora me arrastras? ¡No está mal! En tu mano reunida toda la contra.

FERN. (Riendo.) Ya le anuncié que saldría vencido si jugaba á espadas.

PAT. (A Mercedes.) ¡Qué distraída estás! ¿Quieres mirarme el juego? (Mercedes mira confusa las cartas de Patricio.)

RIC. (Con intención.) ¡Es muy interesante la contra de Fernando!

FERN. (Poniendo las cartas sobre el tapete.) Es inútil que sigamos, mi general.

PAT. ¡Codillo!

RIC. ¡Sin remedio!

MER. ¡Quién podía imaginarse!

FERN. Lo siento.

PAT. (Sonriendo afable.) Cuando todo se reune en contra del adversario, es segura su derrota. (Entra Eusebio por el foro con una bandeja y una carta. Fernando baraja.)

ESCENA VIII

DICHOS y EUSEBIO

EUS. (Avanzando.) Mi general!..

PAT. ¿Qué quieres, Eusebio?

EUS. (Presentando la bandeja.) Este oficio que han traído del Ministerio de la Guerra.

PAT. A ver... (Rasga el sobre.) Sí. De la Secretaría del Ministerio... (A Eusebio despidiéndole.) Está bien; puedes retirarte.

EUS. Es que el ordenanza pide el sobre con el recibí.

PAT. ¡Ah! Entonces voy al despacho. (Levantándose.) Vente, Ricardo. (A Fernando.) Tú me dispensarás...

MER. (Levantándose.) ¿Será alguna mala noticia?

PAT. No, Mercedes. (Cogiéndole una mano.) No te asustes. (Vase con Ricardo y Eusebio por la primera puerta derecha.)

ESCENA IX

MERCEDES y FERNANDO

FERN. (Sonriendo.) ¡Cómo se dibuja el temor en tu semblante!

MER. Sí. Ese oficio del ministro... (Se sienta.)

FERN. Observo, mi linda generala, que no ha logrado contagiarte la bravura de tu marido.

MER. Pero, ¿no te parece extraño que á estas horas haya recibido ese oficio? Sin duda es un asunto urgente y grave.

FERN. ¿Quieres que vaya á su despacho? Ya sabes que no guarda secretos para mí.

MER. Sí; te lo ruego.

FERN. Veamos hasta dónde lleva su reserva. (Vase por primera derecha.)

ESCENA X

MERCEDES

¡Si fuera lo que tanto temo!... ¡Una nueva ausencia de Patricio con mis angustias, con el temor de perderle! (Pequeña pausa.) Y Fernando recordándome su pasión de otra época, tratando de hacer revivir lo que ha muerto para siempre... Si insistiera en turbar mi dicha, ¡oh! ya sabría establecer entre los dos un abismo de separación, de olvido y de silencio. (Entra Eusebio con el sobre.)

ESCENA XI

MERCEDES y EUSEBIO

MER. (Llamando.) Eusebio.

EUS. ¿Qué manda vuecencia?

MER. ¿Has oído algo referente á ese oficio?

EUS. No, señora. Su excelencio se lo leyó al señor coronel en voz baja, firmó y me devolvió el sobre.

MER. ¡Qué será, Dios mío!

EUS. Pero si nada he oído, en cambio he visto.

MER. ¿Qué has visto?

EUS. Que su excelencia está muy alegre, y el señor coronel tan disgustado que le dijo muy incómodo: «¡Es imposible que aceptes!» Pero su excelencia se encogió de hombros, firmó sonriendo, y me dijo señalándome á la puerta: «Devuelve el sobre y vete afilando tus viejos espolones de gallo de pelea.» ¡Entonces es una orden para volver á campaña!

MER. ¡Tal vez, señora! (Con triste sonrisa.) ¡Mire vuesencia que afilar yo mis espolones! Lo que desgasta el tiempo... Si no me ordena otra cosa...

MEL. Puedes retirarte. (Vase Eusebio por el foro. Entra Fernando por primera derecha.)

ESCENA XII

MERCEDES y FERNANDO

MER. (Aproximándose á Fernando.) ¿Ves cómo mis presentimientos se realizan?

FERN. Reserva tu espanto para cuando llegue el peligro. Ahora es prematuro ese terror.

MER. ¿Qué te ha dicho?

FERN. No necesité preguntarle. Desde el gabinete escuché su voz que le daba á Pedro órdenes perentorias.

MER. ¿Ordenes de qué?

FERN. De marcha.

MER. ¿A campaña?

FERN. Sí. Salimos esta madrugada en tren especial para Valencia, después para el Maestrazgo.

MER. Pero eso es imposible... ¿Cómo va á marchar tan pronto?

FERN. (Sonriendo con ternura.) ¡Tan pronto! El soldado debe tomar ejemplo del águila; lo más que necesita es abrir sus alas para lanzarse al espacio.

MER. ¡Pero eso es inhumano! ¿Cómo se va á curar en campaña? La herida no está aun cicatrizada; su afección al corazón puede iniciarse de nuevo... Todavía necesita ternuras de enfermera que no tendrá en aquellos montes.

FERN. (Con ternura.) Yo velaré por él. Si sabes que estoy dispuesto á darle mi vida, ¿no es natural que le prodigue mi cariño? (Con amargura.) ¡Y lo olvidas tú, el único ser para el que no es un secreto mis angustias al ver desvanecidas todas mis esperanzas!

MER. (Suplicante y espantada interrumpiéndole.) ¡Fernando!

FERN. (Con vehemencia.) Al considerarme el último en ese corazón que me perteneció en otro tiempo, ¡que fué mío!... ¡Oh, aun no sabes de todo lo que soy capaz por él!...

MER. Sí. Ya sé que ese respeto...

FERN ¡Llámale culto!

MER. Pues que ese culto sea el único lazo que nos una... ¡Júralo... júramelo, Fernando!

FERN. El deber no necesita la traba del juramento.

MER. ¡Sí, júralo!

FERN. Pues bien... lo juro por la pureza de nuestros amores en tiempo más venturoso para mí. ¡Lo juro por el cariño inmenso que te profeso!

MER. (Con espanto.) ¡No! ¡Otro juramento!

FERN. ¿No te basta con ese? Pues te lo voy á jurar por lo más sagrado que guardo en mi corazón... ¡te lo juro por...!

MER. (Mirando con torror á la puerta de la derecha.) ¡Calla!

FERN. ¡Callar! ¡Aun no es bastante horroroso mi silencio!... ¿Crees que no padezco al hablarte con indiferencia cuando se desborda mi pasión, enmudecer cuando á gritos pregonaría tu nombre, sonreir bebiéndome las lágrimas... y soñar... soñar siempre, sin esperanza de realizar mi sueño?

MER. ¡Fernando... por Dios...!

FERN. ¿Quieres que lo mismo que domino mi pasión amordace mi boca, y que ni aun me quede el triste privilegio de mostrarte el arma que me desgarra el pecho?

MER. ¡No prosigas!... ¡No debo oirte!

FERN. ¡Sí, óyeme! Marcho á campaña esta noche, ¡y quién sabe si mi ausencia será eterna!

MER. (Con espanto.) ¡No!...

FERN. ¿Y no he de llevarme como recompensa á tanta pesadumbre un consuelo... una chispa, ¡solo una chispa! de aquel incendio que nos abrasaba á los dos?

MER. (Con acento severo y ademán digno.) ¡Fernando!... (Trata de levantarse.)

FERN. (Conteniéndola con ademán suplicante.) ¡Oh, no!... ¡Estoy loco!... ¡No te ofendas!... ¡Perdón, Mercedes!... ¡Perdóname, hermana!

MER. Te suplico que terminemos... ¡Vete!... ¡Te lo pido por nuestra amistad!... ¡Te lo pido por Dios!

FERN. ¡Sí! Y me llevo como recuerdo tus lágrimas. (Apasionado.) ¡Lágrimas de infortunio ó lágrimas de felicidad, ¿no las vierten los mismos ojos? pues lo mismo las adoro!

MER. ¡Vete!...

FERN. ¡Mercedes! (Suplicante.)

MER. Patricio puede llegar... leer en mi semblante angustias que traducíría como misterios de mi alma... ¡Le ofendo escuchándote, le ofendes recordando un imposible!

FERN. ¡Adiós!... ¡Que no se turbe tu felicidad!... ¡Que seas dichosa!

MER. No quiero que te retires así... desesperado... dejandome el vago remordimiento de ser la causante de tu desgracia... ¡No, así no te vas!

FERN. ¡Si adoro la mano que me hiere... soy feliz solo con estrecharla entre las mías!

MER. Recuerda mi cariño de hermana... ¡cuenta siempre con él! (Muy conmovida.)

FERN. ¡Ah!... Pues dame un gaje de esa promesa, un recuerdo... esta sortija de tu madre. (Le señala una sortija que lleva Mercedes en la mano señalada por Fernando.) ¡La que he besado tantas veces cuando besaba su mano! ¿Lo recuerdas?

MER. (Con angustia.) ¡Esta sortija!...

FERN. Sí: será la última prueba de cariño que te pida el hombre que no volverás á ver.

MER. ¡Si nunca me he separado de ella!

FERN. Por eso la deseo: me recordará la vida del ángel que he perdido y la muerte de una santa: ¡de tu madre!

MER. (Suplicante.) ¡Fernando!...

FERN. ¡Dámela! Me sellaré los labios con ella y ahogaré las protestas de mi alma. ¡Sí; te lo pide el hermano... sólo el hermano, Mercedes!

MER. ¡El hermano!... (Con resolución y tranquilidad.) Me basta esa promesa.... ¡Tómala y que ella te proporcione la paz!

FERN. (Con grito de alegría.) ¡Oh!... ¡Gracias, Mercedes! (Se inclina y besa la mano de Mercedes, incorporándose violentamente al escuchar la exclamación de

espanto é ira que lanza Patricio desde la puerta primera derecha. Mercedes se levanta aterrada; Ricardo avanza y se coloca á la derecha de Fernando. Pausa.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, PATRICIO y RICARDO

PAT. (Llevándose la mano al corazón, como si sufriera un agudo y breve dolor físico.) ¡Ay!... (Aparte con desesperación.) ¡Qué es esto!

FERN. (Aparte.) ¡Valor, Mercedes!

RIC. (Aparte con ira á Fernando.) ¡Llegó el momento de convertirse en mártir, ó de transformarse en canalla!

FERN. (Con espanto.) ¡Coronel!

PAT. (Pausa. Con calma amenazadora.) ¡Mercedes!... (Con sonrisa dolorosa.) Aproxímate, Fernando. (Ricardo pasa á la izquierda de Patricio.)

MER. (Avanzando unos pasos.) ¡Patricio!... (Se detiene y Fernando avanza hasta cerca de Mercedes.)

PAT. ¿Comentaban ustedes mi jugada del tresillo? ¡Oh! tuviste un golpe de maestro con con fortuna; ¿no es verdad, Fernando? (Ríe dolorosamente.)

FERN. (Bajando la cabeza con desesperación.) ¡Mi general!...

PAT. Ya reanudaremos más tarde el juego, sirviendo también de triunfo las espadas, para devolverte con creces el codillo.

FERN. (Con extraordinaria emoción y titubeando.) ¡Mi general... fuí indiscreto y .. al llegar á su despacho, supe que marchábamos á campaña y...

PAT. ¡Sí! Y escaso tiempo que te queda, porque tú vienes á mi lado.

FERN. ¡Yo! Le suplico, mi general...

PAT. Deseo que veas al vencido en el tresillo qué golpes da en el juego de la guerra.

FERN. (Con espanto.) Pero, mi general... yo le ruego...

PAT. (Interrumpiéndole con ira que reprime inmediatamente.) ¡Sí; á mi lado! La lealtad y el honor del

ayudante, cubriendo siempre el pecho de su general. (Ríe con ironía.)

MER. (Con angustia, avanzando.) ¡Pero esta separación!...

PAT. (Deteniéndola con ademán enérgico.) ¡Esta separación la exige la patria, otras separaciones hay que solo las exige el cielo! (Mercedes retrocede con espanto. Ricardo coge con ternura una mano de Patricio.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa la cocina de una casa de labor á las inmediaciones de Chelva; al foro, puerta grande abierta, viéndose al exterior paisaje de país montañoso. A la derecha, espaciosa chimenea de campana con ancha cornisa, y sobre ella variados objetos de cocina. Una cadena de hierro, terminada en un garfio, desciende del interior de la chimenea, quedando á un metro del fuego del hogar. Un banco de madera ocupa desde la proximidad del hogar hasta cerca de la puerta del foro; sobre él varias pieles de carnero. Próximo al proscenio de este lado una mesa de pino y sillas toscas. A la izquierda, una escalerilla de cinco escalones conduce á una puerta pequeña, que comunica con las habitaciones altas. Próxima á la escalera y al proscenio de este lado, una montura de jefe con todo equipo, situada sobre dos sillas unidas por el respaldo. Apoyadas en la pared, dos lanzas con banderolas; un cornetín colgado de la pared. La escena alumbrada por un candil colgado en el hogar, y un farol grande en el centro del techo.

ESCENA PRIMERA

PATRICIO, RICARDO, CABO y ORDENANZA, el primero sentado cerca del hogar, escribiendo sobre una mesita, alumbrada por un candelero. Ricardo durmiendo sobre el banco, cubierto por el capote de montar. El Cabo y el Ordenanza quitando los estribos á la montura

CABO (Imponiendo silencio y mirando con temor á Patricio, que escribe.) ¡Chist!... No metas bulla.

ORD. Y que va echando un genio...

CABO Es que está muy malito. ¡Pues si es más bueno que el pan!

ORD. ¡Y qué valiente!

CABO ¿Te acuerdas esta mañana? ¡Cómo buscaba las balas! (Con indignación cómica.) ¡Ni que fueran onzas de oro!

ORD. Dígamelo usted á mí. (Con orgullo.)

CABO ¡Anda! Pues yo no andaba lejos, que mi caballo pisaba en donde pisaba el suyo. Oye. (Con misterio. El Ordenanza se aproxima.) Me ha dicho su asistente que...

ORD. (Mirando con temor á Patricio, que hace un movimiento.) ¡Chist!... (Disimula, quitando los estribos, y vuelve al lado del Cabo.) Que nos vamos á caer, cabo Ortega.

CABO Me ha contado Pedro que aquí ocurre algo malo, y para mí... ¿Tú no has visto esta mañana al capitán Villalar? ¡Cómo se metía en el fuego! Oye... y tenía lágrimas en los ojos.

ORD. Los tendrá malos.

CABO ¡Malos!... Y no se hablan...

ORD. Ni se miran.

CABO Ni nada.

ORD. ¡Chist!... (Corre á su puesto, señalando á Eusebio, que baja la escalera.) ¿Le va usted á preguntar si nos vamos?

CABO No. El que pregunta, se queda de cuadra. (Eusebio se aproxima.)

ESCENA II

DICHOS y EUSEBIO

EUS. (Con brusquedad, en voz baja.) ¿Qué hacen ustedes?

CABO Arreglando el equipo.

EUS. Están molestando á su excelencia. ¡Fuera de aquí! ¡Vivo! (Marchando hacia el hogar de puntillas.) Estos soldaditos de ahora...

CABO Date prisa. ¡Córcholis con el viejo!

ORD. (Poniéndose la montura en la cabeza.) ¡Vaya un mozo! (Se dirigen al foro, por donde se retiran, dejando cerrada la puerta. Toda esta escena, así como la precedente, deben desempeñarse demostrando los actores con su mímica el respeto y el temor. Eusebio se inclina y atiza el fuego, mirando á Patricio, que arroja la pluma.)

ESCENA III

DICHOS, menos el CABO y ORDENANZA

EUS. Señorito...

PAT. (Saliendo de su abstracción.) ¿Qué quieres?

EUS. ¿Cómo se encuentra vuecencia?

PAT. Regular. Mi antiguo padecimiento reverdece. Siento fatigas en el pecho... opresiones misteriosas, como si se me fuera engrandeciendo el corazón.

EUS. ¿Por qué no se retira vuecencia?

PAT. No.

EUS. El día ha sido de prueba: ¡á caballo desde esta madrugada! ¿Qué necesidad tiene de desperdiciar estas horas de descanso? (Con jovialidad respetuosa.) No olvide vuecencia que en campaña el soldado debe llevar adelantadas tres cosas: un sueño, una comida y una paga. ¡Jé, jé!... ¡Vamos, señorito!

PAT. No. (Señalando á Ricardo.) Aquí me ampara la amistad; (Señalando la puerta de la izquierda.) allá siento frío, me envuelven tinieblas de ciego... me estremece un silencio, que hace más vibrante la voz de mi infortunio.

EUS. ¡Señorito!...

PAT. Es inútil. Déjame que termine el parte de la victoria. ¡Buen combate ha sido!

RIC. (Restregándose los ojos y sentándose.) ¿Eh? (A Patricio.) Creí que me llamabas.

PAT No. (Vuelve á escribir. Eusebio se aproxima al proscenio.)

RIC. (Acercándose al fuego.) ¿Sabes que hace esta noche un frío del diablo? Debe helar fuera.

PAT. ¡Y dentro! (Sigue escribiendo.)

RIC. No escribas más.

PAT. Es necesario.

RIC. Tienes razón. ¡A gran victoria, gran parte! (Eusebio le hace señas de que se aproxime.)

RIC. (En voz baja.) (¿Qué ocurre?)

EUS. (En el mismo tono.) (Que el señorito está peor.

Pídale usía que se recoja. Se queja de fatigas en el pecho, de opresiones...)

RIC. (¿Tú le has hablado?)

EUS. (Sí, hace un momento. Le supliqué que se fuera á descansar y no quiso. Y está malo... ¡muy malo! ¡Lo ví anoche llorar!... ¡Le he oído quejarse porque le duele mucho el corazón!)

PAT. (Dejando la pluma y sonriendo.) ¿Hay complot?

RIC. Sí. Una conjura del cariño. Vamos á ver, Patricio, ¿por qué no te vas á descansar?

PAT. ¿Ya te contagió Eusebio? No le hagas caso.

RIC. Pero si ya redactastes el parte.

PAT. Acabo de terminarlo. Este combate exigía una explicación detallada. Toma y lee. (Le entrega un pliego.) Creo que al ensalzarte con justicia me veré obligado á obsequiarte con la faja de general.

RIC. Que me ceñiré cuando tú ostentes el segundo entorchado.

PAT. ¡Bah! ¿Y mi ayudante?

RIC. Montó á caballo hace dos horas para ver la red de vigilancia...

PAT. (Rápidamente y con acento sarcástico.) Tan necesaria para evitar una sorpresa. La confianza, amigo mío, cuando se tiene próximo un enemigo artero, puede ocasionar tanto desastre...

EUS. Si quiere su excelencia que salga á averiguar...

PAT. Sí. Ordena que se me presente cuando regrese. (Eusebio vase por el foro.)

ESCENA IV

DICHOS menos EUSEBIO

RIC. Vamos, anímate, general victorioso; ¿en dónde están las decantadas alegrías del triunfo?

PAT. ¡Triunfo! Hago rodar á mis pies al adversario á fuerza de energías y de fuego, y dejo al verdadero enemigo que me esté mordiendo

el corazón. ¡No! Deslumbrado por el brillo de la victoria, no ves cómo paladeo la afrenta de la derrota.

RIC. ¡Cuánto padeces!

PAT. No seas visionario. Tu cariño te deja con frecuencia á oscuras la razón.

RIC. ¡Sí! yo á oscuras y tú con tanta luz... Por eso te veo tan claro. ¿Y sabes qué distingo? pues unas dudas crueles, un amor intenso y unos celos que te están matando. ¿Ignoras que no hay en tu vida un solo hecho que sea un secreto para mí, y que todo lo sé, lo mismo tus alegrías que los rencores que te van minando la salud? ¡En cuán poco valoras mi amistad!

PAT. No. Si es que me parece cruel desgarrar, con mis penas, el pecho del compañero... ¡si es que quiero padecer yo sólo!

RIC. ¡No! Tú te debes á la nación que te necesita, al ejército que te adora, á tu nombre inmaculado...

PAT. (Con grito de ira, levantándose.) ¡Inmaculado...! ¡Oh, calla y no pronuncies esa palabra de ignominia!

RIC. ¡Tranquilízate!

PAT. ¿Más tranquilidad de la que tengo? Es el sosiego aparente de los mares para ocultar el hervor que desgarra sus entrañas; es la nieve cubriendo cráteres. . el terror á la chacota del mundo, disfrazando angustias para evitar sus carcajadas. (Pausa.) Tú lo recuerdas... tú has visto mis afanes por hacer dichosa á Mercedes, mirando en ella al ángel de mi hogar, ocultándole con mis ternuras seducciones de juventud que pudieran deslumbrarla; ¿no es así, Ricardo...? Y con mi pensamiento puesto en ella, solicité un puesto en esta campaña, ¡quería batirme...! ¡No fuí patriota, no, fuí enamorado! Y pensando en ella me batía, y pensando en ella triunfaba y me decía: «¿Quieres amor? pues yo te amo... ¿quieres gloria? pues ten gloria.» Y ni una sola vez me hizo sonreir la vanidad por el triunfo de mis armas; pero en cambio,

me estremecía de orgullo al pensar en su espanto, en la intensidad de su alegría al añadir, al nombre que yo la dí, un nuevo prestigio, cuando tantos prestigios tiene. ¿Y para qué mi afán por conservar esa fortuna que me había de arrebatar el caballero de corazón de bandido, con mano de homicida? ¡Oh, Fernando!...

RIC. ¡Patricio...!

PAT. La sangre me nubla los ojos... siento deseos irresistibles de hacer pedazos la infamia y después morir... ¡Oh, sí, morir, legándola por herencia el recuerdo de su villanía, y sin lágrimas que derramar sobre la doble sepultura del burlador y del burlado!

RIC. ¡Amigo mío!

PAT. ¡Sí, morir! Pero dejándola á solas con el arrepentimiento tardío, y con dolores horribles... iguales á los que me desgarran lo que era de ella: ¡este pobre corazón que con toda mi alma la entregué! (Con explosión de dolor y ternura.) ¡Ah, Ricardo, compañero de mi vida, que pena tan grande tengo! (Reclina la cabeza en el pecho de Ricardo. Pausa, y se incorpora riendo con extravío.) ¡Bah! exaltaciones ridículas de mis nervios... No me hagas caso.

RIC. Esas exaltaciones obedecen á una visión de tus sentidos...

PAT. ¡Visión, no! ¡Horrible postulado de ignominia... relámpagos del honor que al surgir iluminaron con luz intensa las figuras de dos traidores! ¡Sí; traidores al deber, á la gratitud y al amor! Ahora que conoces mi pensamiento, guárdate de implorar el perdón de Mercedes, y en cuanto á Fernando... al noble Villalar...

RIC. ¿Por qué no lo separas de tu lado?

PAT. ¡Para que marche á Madrid!

RIC. Para evitarte la presencia del hombre que odias.

PAT. ¡Déjalo que prolongue el insulto! ¡No...! La fiera aquí, en la jaula; ¡el tigre no podrá morder al lado del domador! (Entra Fernando por el foro.)

RIC. (Aparte.) Ahí está Fernando... ¡Prudencia!

PAT. (No sabes los tesoros que guardo de esa virtud.)

ESCENA V

DICHOS, FERNANDO y EUSEBIO. Éste se detiene en el foro. Fernando avanza hasta la proximidad de Patricio. Ricardo se levanta y habla en voz baja con Eusebio

FERN. Mi general...

PAT. Supongo que habrá quedado establecido el servicio de seguridad.

FERN. Lo ignoro.

PAT. ¡Ah!..

FERN. Tuve que separarme del jefe de Estado Mayor para reconocer una fuerza que se aproximaba.

PAT. ¡Aquí una fuerza!

RIC. ¿Enemiga?

FERN. No, mi coronel. (A Patricio.) Era la vanguardia del general en jefe, que llega de Requena.

PAT. Está bien. (A Eusebio.) ¡Mi sable! (Eusebio se aproxima con el sable, el ruso y la leopoldina enfundada de Patricio, poniéndose dichas prendas. Ricardo coge un sable.) No te molestes. No necesito á nadie.

RIC. Es que desearía...

PAT. ¡A nadie!

RIC. Bien. Te acompañaré hasta que montes.

EUS. (Aparte.) Que vuelva pronto su excelencia.

PAT. (A Fernando, que hace ademán de seguirle.) Puedes quedarte.

FERN. ¡Yo! .. (Ofendido.) ¡Mi general!

PAT. Me basta con que me acompañe el oficial de la escolta.

FERN. Es que mi deber...

PAT. ¡Yo lo ordeno! Después de la victoria, el reposo Siéntate al hogar, descansa... y sueña. (Reprime un gesto de amenaza y se retira por el foro, seguido de Ricardo. Eusebio les acompaña y cierra la puerta, volviendo lentamente, dirigiéndose á la izquierda. Fernando, cerca del proscenio, queda anonadado.)

ESCENA VI

FERNANDO y EUSEBIO

EUS. (Con exclamación de cólera, mirando con rencor á Fernando.) ¡Oh! .. (Marcha hacia la escalera, murmurando muy irritado.)

FERN. (Aproximándose á Eusebio.) ¡Eusebio! (Éste se detiene.) ¿Cómo está el general?

EUS. Para como ha de estar más adelante...

FERN. ¿Padece del corazón?

EUS. ¡Y del alma... y de todo! (Marcha hacia la escalera.)

FERN. ¡Eusebio!...

EUS. ¡Oh!... El águila no pregunta á su víctima si son grandes los dolores cuando desgarra sus carnes. Tome ejemplo del ave carnicera. (Le vuelve la espalda.)

FERN. ¡También usted!... ¡Cuánta afrenta! (Eusebio sube la escalera.)

ESCENA VII

FERNANDO

¡Desaires y humillaciones que tengo que devorar en silencio!... El desprecio sin réplica; ni aun la protesta que lanzar á la cara de los que me ofenden... Y ¡cómo destruyo esa creencia falsa! ¡cómo, Dios mío!... ¡Si es que hasta la muerte me desprecia! Y yo la busco... y me esquiva, y no la encuentro, cuando con toda mi alma la deseo... ¡Sí, morir! Prefiero perder mi vida como mártir á vivir como canalla .. ¡Coronel, qué cuenta me vas á dar de ese consejo!... (Retrocede al ver á Ricardo que se quita el casco, el abrigo y el sable y se sienta preocupado en el hogar.) (¡Qué oportunamente llegas!... ¡Ahora tú y yo!... ¡Lucha igual, con armas de iguales filos!) (Se aproxima á Ricardo, que distraídamente atiza el fuego.)

ESCENA VIII

DICHO y RICARDO

FERN. (Deteniéndose á la proximidad de Ricardo.) Mi coronel. .

RIC. (Con impertinencia sin levantarse.) ¿Qué hay?

FERN. ¡Mi coronel!

RIC. ¿Qué se le ofrece? (Se levanta.)

FERN. Como antes me contestó sin levantarse, creí que me había confundido con un ordenanza.

RIC. Su voz no puedo confundirla con la de otro hombre ¿Qué desea?

FERN. Dirigirle una pregunta y recordarle una frase.

RIC. Veamos la pregunta, pues en cuanto á la frase...

FERN. ¿La recuerda?

RIC. La recuerdo.

FERN. Celebro que las emociones de la campaña no hayan debilitado su memoria.

RIC. No olvido nunca.

FERN. Entonces, si por un momento quiere despojarse...

RIC. Entendido. Sí, me despojo del uniforme, y ante usted solo se halla Ricardo Orbeta.

FERN. Noble transformación que acepta el hombre de honor en la milicia, para garantizar al débil de las injurias del superior.

RIC. Veamos.

FERN. Al salir de Madrid hace ocho días, en noche infausta, que usted recordará...

RIC. La recuerdo.

FERN. Me hizo una advertencia injuriosa, que quiero me explique, pues estoy resuelto á llevarme de aquí la solución del enigma.

RIC. Y, en vez de dirigirse al caballero, ¿por qué no le exige á su honor esa misma explicación? (Movimiento amenazador de Fernando.) Tranquilícese, Villalar. ¿No quiere usted llevarse

la solución del enigma? pues voy á dársela. (Marcha rápidamente al foro y cierra la puerta, volviendo al lado de Fernando.) Ahora la explicación. (Se sienta al lado de la mesa y señala la silla opuesta donde se sienta Fernando.)

FERN. Sea breve.

RIC. Y tan avaro de palabras como si tuviera que pasar mi lengua por una plancha calentada al rojo. La noche de nuestra salida de Madrid, recordará usted que le dije: «Elija entre convertirse en martir ó transformarse en canalla.» Al establecer este dilema de honor, claro es que me jugaba la vida. No era un secreto para mí que el consejo humillante lo pronunciaba al cído de un militar pundonoroso, que trataría de vengar el insulto. Pero ¡bah! después modifiqué mi creencia, porque el hombre que en tan poco tiene el honor del general Leiva, tal vez no sepa conservar el suyo.

FERN. (Levantándose impetuosamente.) ¡Oh! ¡Coronel Orbeta...!

RIC. Siéntese, y respete la confidencia, que ya obtendrá la reparación con las armas. La sospecha de su conducta se me inició aquella noche... Escuché, mientras me hablaba el general, sus frases de un amor insensato, que al dirigirlas á la mujer afrentaban al marido. Sorprendí miradas apasionadas, confusión de los sentidos, brutales ignorancias del deber y todo... ¡todo sellado por besos de adulterio!

FERN. (Con grito de espanto.) ¡Oh...! ¡No! ¡No! ¡No es eso! ¡Mercedes adúltera! ¡Ah, qué infamia! ¿Usted ignora que insultar á un ángel es un crimen?

RIC. ¿Y usted sabe lo que es cubrir de deshonor al hombre que le colma de bondades? Usted ha hecho de la posición familiar de su destino de ayudante escabel de infamia para alcanzar á Mercedes.

FERN. ¡No, no, coronel! Mi confesión será completa... Ese fantasma de deshonor que ha surgido, me obliga á confesarle lo que me

había jurado ocultarlo hasta mi muerte... Sí, coronel Orbeta... ¡amo á Mercedes!

RIC. ¡Esa confesión...!

FERN. ¡La amo respetando su virtud... respetando el honor de su marido. ¿Cuál es mi infamia? Amo á Mercedes... la amo desde mi niñez; pero injuriar al general Leiva, ofenderla á ella, ¡oh, nunca! aun cuando tuviera que desgarrarme el pecho para destruir su recuerdo.

RIC. (*A parte.*) ¡Será cierto!

FERN. ¿Sabe usted para que sigo ostentando estos cordones, que se han convertido en dogal de infamia y en signo de desprecio?

RIC. ¿Para qué?

FERN. ¡Para morir á su lado!

RIC. ¡Fernando...!

FERN. Para que recupere la paz de su alma.

RIC. ¡Eso es un suicidio!

FERN. Ya encontraré la muerte del soldado.

RIC. Es que bastaría una separación. Pasada esta nube de desdicha, aún pueden lucir días de felicidad para los dos.

FERN. ¡No! Prometer el olvido sería cobarde solución del que busca un pretexto para conservar la vida. ¡Quiero morir por ella! ¿No me exigía usted un sacrificio? Pues hago el de mi vida. Pero sin consejo humillante... que ansío convertirme en mártir, antes que transformarme en canalla.

RIC. (*Levantándose con gran emoción.*) ¡Perdóneme, Villalar!

FERN. ¡Coronel!

RIC. ¡Olvide mi ofensa! ¡Deme su mano! ¡Oprímalas bien, que deje en las mías la huella de un hombre de honor! (*Se separan al escuchar á Eusebio que baja la escalera.*)

ESCENA IX

DICHOS y EUSEBIO

EUS. (Aproximándose á la puerta del foro.) ¡Vaya una noche!

RIC. Esa llegada inoportuna del general en jefe...

EUS. ¡Buen frío está tomando su excelencia! ¡Se oye allá arriba silbar tanto el viento!... (Abre la puerta del foro.) ¡Válgame Dios! ¡Cómo hiela!... ¡Qué negro el cielo... qué negro!

FERN. (¡Lutos del cielo, precursores de mi muerte!)

EUS. (Escuchando al interior.) ¡Chasquidos del huracán .. llovizna helada!... ¡No viene todavía!... ¡Y tan enfermo!...

RIC. No te apures... Villalar, ¿está muy lejos el alojamiento del general en jefe?

FERN. No, mi coronel; cuestión de cinco minutos á caballo.

EUS. ¡Podía haberse acostado... pero es tan rebelde!... Yo, que le tengo el cuarto tan calentito, y preparado un caldo de jamón y gallina... (Escuchando.) Me parece que se oye ruido de caballos, y que resplandecen las armas.

RIC. Volverá ya el general. (Se aproxima al foro.) Sí... Esa es la escolta. Villalar, el general viene. (Fernando se levanta.)

EUS. ¡Ya le tenemos aquí! (Patricio entra, y se quita el ruso ayudado por Eusebio.)

ESCENA X

DICHOS y PATRICIO

PAT. ¿Me esperaban?

RIC. Con impaciencia. ¡Qué noche tan cruel!

EUS. Viene muy mojado su excelencia.

PAT. Ahora llueve poco. Pero tenemos la tempestad encima.

RIC. ¿Tienes que comunicar alguna orden á tu escolta?

PAT. ¡Ah! Había olvidado... (A Fernando.) Al oficial que se retire... Espera. Ordena que te preparen el caballo, y retén al trompeta y á tu ordenanza. (Sorpresa de Ricardo y Eusebio.)

FERN. ¿No tiene más que ordenarme?

PAT. Cumplida la orden, vuelve. (Fernando vase por el foro. Eusebio se aproxima á Ricardo.)

ESCENA XI

DICHOS, menos FERNANDO

EUS. (Aparte.) ¿Qué será esto, mi coronel?

RIC. (No sé... pero no me gusta.)

EUS. (Pregúntele usía.)

RIC. Patricio.

PAT. ¿Qué quieres?

RIC. Vienes muy preocupado.

PAT. No estoy bueno. Siento fatigas... palpitaciones... ¡me ahogo!

RIC. ¡Patricio!

EUS. ¡Señorito!

PAT. Abre esa puerta... ¡Pronto! (Eusebio marcha precipitadamente al foro y abre la puerta.) ¡Ricardo!... (Le coge una mano con angustia.)

RIC. Retírate á descansar... Es muy tarde.

EUS. Sí, señorito. Es la hora de tomar la medicina.

PAT. Déjame.

EUS. ¡Por María Santísima!

PAT. Déjame, Eusebio.

EUS. No se incomode...

PAT. ¡Vete!

EUS. ¡Perdóneme vuecencia!

PAT. Anda, mi buen Eusebio: tú tienes que perdonarme.

EUS. (¡Dios mío!) (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS, menos EUSEBIO

PAT. ¡Pobre anciano! ¡Qué martirio le reservaba el porvenir!... ¡Qué sufrimiento el mío!

RIC. ¿Qué tienes?

PAT. ¡Nada!... Son ráfagas inconstantes que cuando invaden mi cerebro me enloquecen, si sacuden el corazón me ahogan.

RIC. Vamos á tu habitación...

PAT. Después. Ahora siéntate y escucha. El general en jefe me ha ordenado que evacue los heridos, en previsión de nuevos combates.

RIC. Lo celebro.

PAT. Y con objeto de que no hostilicen al convoy ha nombrado un oficial que vaya como parlamentario.

RIC. ¿Al campo carlista?

PAT. Sí. Para llevar este pliego. (Saca un sobre grande cerrado.)

RIC. ¿Y quién es el oficial elegido?

PAT. Mi ayudante. (Sorpresa de Ricardo.) ¡No fuí yo quien le nombró para esa comisión peligrosa! Defendí su vida más... ¡mucho más que hubiese defendido la mía! Pero ha sido inútil. Y si muriera antes de haber descifrado toda la extensión de su delito, toda la magnitud de mi oprobio, ¡oh! desgraciada de Mercedes, desgraciado de mí.

RIC. Tranquilízate; Fernando es sereno y...

PAT. Más serena puede ir la bala que se dirija á su pecho.

RIC. No siempre esas comisiones envuelven... (Aparte al ver á Fernando que entra por el foro.) ¡Ahí está Villalar!

ESCENA XIII

DICHOS y FERNANDO

FERN. Mi general.

PAT. El general en jefe, recordando tus dotes de inteligencia y bravura, te ha elegido para que desempeñes la comisión de parlamentario.

FERN. (Aparte y avanzando con alegría dolorosa.) ¡Oh!...

PAT. Toma este pliego y entrégalo al jefe de las fuerzas enemigas que tenemos allá enfrente. (Señala el paisaje de montañas que se divisan por el foro.)

FERN. (Guardando el pliego. Aparte.) ¡Morir!... ¡Se realizan mis deseos! (En alta voz.) Será cumplida su orden.

PAT. Que te preceda el trompeta con el toque de *llamada de honor*.. que el ordenanza lleve, como emblema de tu misión sagrada, una bandera blanca de la Cruz Roja. Y ahora... ¡marcha!... Pero recuerda que la orden que recibes es la de desempeñar una comisión... ¡que no es morir!

FERN. Lo recordaré. ¿No tiene más que ordenarme?

PAT. Sí; expresarte mi deseo: ¡que te acompañe la fortuna!

FERN. (Aparte á Ricardo con vehemencia) ¡Su mano, coronel! Si muero refiérale mi confesión... ¡salve á Mercedes!

RIC. ¡Marche usted tranquilo! (Fernando se retira por el foro.)

ESCENA XIV

DICHOS menos FERNANDO

PAT. ¡Si lo matasen! ..

RIC. Nada temas. A los parlamentarios no se les hostiliza.

PAT. Esas sombras de la noche, ó la ignorancia de un puesto avanzado, pueden originar una transgresión en las leyes de la guerra.

RIC. (Como herido por un pensamiento.) Tú sabes que para desempeñar esa comisión no se exigen gerarquías determinadas.

PAT. ¡Sí! Pero ¿qué quieres decirme con eso?

RIC. Es una petición que dirige al general Leiva, su subordinado el coronel Orbeta.

PAT. ¡Una petición!

RIC. Que me autorices á relevar á tu ayudante.

PAT. ¡Tú!

RIC. ¡Sí! Yo que te pido el favor de que sustituyas con un veterano al oficial inexperto.

PAT. ¡Exponer tu vida para salvar la suya!... ¡Nunca!

RIC. ¿Oyes? (Se escucha el lejano toque de «llamadade honor» que Patricio oye extremeciéndose.) ¡Aun es tiempo!... No habrán quitado monturas á los caballos de la escolta puedo elegir uno y alcanzar á Fernando antes que llegue al puentecillo.

PAT. ¡Me haría responsable de tu muerte! ¡No! ¡No!...

RIC. Ahora necesitas su vida para condenar á una culpable ó rehabilitar á una santa.

PAT. Disyuntiva tranquilizadora que no admite mi conciencia.

RIC. (Señalando al foro, por donde se escucha el toque de «llamada de honor» más lejano.) ¡Ya se aleja!... Apenas si las notas del clarín llegan á nuestros oídos... ¡Concédeme la autorización, y te juro que aún puedes ser feliz al lado de tu Mercedes!

PAT. ¿Que lo juras? ¡Qué estás diciendo!

RIC. ¡Sí! Preserva la vida de Fernando para cuando llegue la hora de la explicación.

PAT. ¡Es que has jurado!...

RIC. ¡Te lo juro por el Dios que me escucha!...

PAT. ¡Ah!... ¡Sí, vete!... ¡Alcánzalo!...

RIC. ¡Gracias!

PAT. ¡Adiós! (Acompañándolo hacia el foro.) ¡Pobre náufrago de esta tempestad de mi vida!... (Estrechándole sobre su pecho.) ¡Adiós! (Se separan brus-

camente y se miran aterrados al escuchar un lejano tiroteo de fusilería que cesa inmediatamente. Con espanto.) ¿Oiste?

RIC. ¡Una descarga!

PAT. ¡Han matado á Fernando!

RIC. (Aparte.) (¡Desgraciado!) Tal vez sea...

PAT. ¡No! ¡Lo han matado!

RIC. Yo me enteraré...

PAT. ¡No te vayas!... ¡Te necesito!

ESCENA XV

DICHOS, EUSEBIO y PEDRO

RIC. ¿Quieres que vaya Pedro y averigüe lo que ha sucedido?

PAT. Sin perder un segundo.

RIC. ¡Pedro! (Llamando. Este entra en escena seguido de Eusebio y bajan la escalera. Aparte.) ¡Vamos, valor!

PAT. (¡Valor y aún vivo!) (A Pedro.) Sal y entérate qué ocurre en el camino del Puentecillo. (Señalando al foro.) Allá, en esas trincheras, han hecho fuego. (Pedro sale precipitadamente por el foro.)

ESCENA XVI

DICHOS menos PEDRO

RIC. ¿Quieres que yo mismo vea?...

PAT. ¡No! (Aparte.) (Para tener valor necesito tu presencia... ¡Tú eres mi último refugio!) (Toma asiento. Eusebio se aproxima á Ricardo.)

EUS. (Aparte.) ¿Qué ocurre?

RIC. (Nada concreto. Una falsa alarma ó una desgracia irreparable.)

EUS. (¡Una desgracia!)

RIC. Han hecho fuego sobre el señorito Fernando...

EUS. (Con terror.) (¡Sobre el señorito Fernando!)

RIC. (La distancia es corta, certero el ojo enemigo... y temo que...

EUS. (¡No comprendo!)

PAT. ¡Cómo tardan! (A Ricardo, que se le aproxima.) ¡Con cuán distintas velocidades corre el tiempo! (Se levanta y aproxima muy excitado á la puerta del foro, escuchando con ansiedad. Ricardo le acompaña.)

EUS. (Aparte, con acento de duda.) ¡Qué significa esto! Si no le conociera tanto creería que... ¡No; el general Leiva no hace esa villanía!

PAT. (Señalando al exterior.) ¡Ah!... ¡Pedro!... (Este entra por el foro y se detiene delante de Patricio.)

ESCENA XVII

DICHOS y PEDRO

PEDRO (Muy conmovido, y mirando asustado al foro.) ¡Mi general!...

PAT. ¡Qué ocurre!

PEDRO Pues dicen que... (Calla con emoción.)

RIC. (Muy colérico.) ¡Termina!

PEDRO Que al señorito Fernando...

PAT. (Interrumpiendo con grito de desesperación.) ¡Lo han matado!

RIC. Refiere lo que sepas.

PEDRO Pues iba corriendo á la plaza y me llamaron unos del batallón de Segorbe... Yo les pregunté qué se decía, y me dijeron...

RIC. ¡Qué!

PEDRO ¡Que han matado al señorito!

PAT. (Dejándose caer desfallecido en una silla.) (¡Muerto!)

PEDRO (Con volubilidad dolorosa.) Que iba bajando el monte, á la salida del pueblo, para tomar el puentecillo, y que cuando lo vieron desde aquellas trincheras le hicieron una descarga y rodó con el caballo lo mismo que una pelota... ¡Y el pobrecito trompeta también!... ¡Los dos muertos! (Estévanes aparece á la puerta del foro.)

ESCENA XVIII

DICHOS y ESTÉVANES

EST. (Con voz fuerte y emocionada.) ¿Está aquí el herido? (Al ver á Patricio que se levanta.) Mi general... Acaban de avisarme que han herido á Villalar y que le conducían aquí.

PAT. No me oculte usted la verdad: ¿lo han matado?

EST. He oído en un corro de oficiales que ha recibido un balazo en el pecho.

PAT. (Reprimiendo una exclamación de espanto, y volviéndose á Ricardo.) ¡Ricardo, que lo traigan inmediatamente!

RIC. (Suplicante y algo solemne) El oficial herido, al hospital de sangre; si ha muerto...

PAT. ¡No...! ¡Vivo ó muerto, aquí! (A Estévanes.) Vigile usted su conducción. (Vase Estévanes.)

ESCENA XIX

DICHOS menos ESTÉVANES

PAT. (¡Que Dios se apiade de mí!)

RIC. Confía en la Providencia! La inculpabilidad de Mercedes...)

PAT. (¡Qué!)

RIC. (¡Salvará la vida de Fernando! ¡Es Dios muy justo!)

PAT. (Si es tan justo ¿por qué me hace padecer tanto?)

ESCENA XX

DICHOS y ESTÉVANES

EST. (Desde el foro.) Mi general, el herido.

PAT. (Con espanto.) ¡Oh!

RIC. (¡Valor!) (Expectación. Entra Fernando conducido en una camilla descubierta, llevada por el cabo y el ordenanza.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, FERNANDO, CABO y ORDENANZA

EST. (Señalando el centro de escena.) Dejad aquí la camilla. (El cabo y el ordenanza depositan la camilla, y quedan cerca del foro. Pedro se arrodilla al lado de ella por el lado del foro, y besa una mano de Fernando, el cual permanece en la inmovilidad de la muerte, cubierto por el capote.)

PAT. (Reprimiendo el espanto.) ¡Muerto!

EST. Vive, mi general.

PAT. ¿Puede vaticinarme una esperanza?

EST. (Después de breve pausa.) ¡Tan remota...! Puede haber sufrido una desviación el proyectil...

PAT. ¡Entonces...!

EST. Nada afirmo.

RIC. ¡Qué infortunio!

PAT. (Con ira volviéndose á Ricardo.) ¡Basta! ¡Tregua al llanto...! Ahora á padecer el martirio de la incertidumbre... y si salva la vida... ¡oh! entonces obtendré como recompensa la venganza. (Con terrible cólera extendiendo el brazo sobre Fernando.) ¡Sí, Fernando... la venganza!

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa el mismo salón del primer acto. Retirada la mesa de tresillo, y colocado un lujoso estuche de pistolas sobre la guarnición de la chimenea, que debe estar encendida. Hora, las dos de la tarde.

ESCENA PRIMERA

EUSEBIO y ESTÉVANES

EST. (Entrando con Eusebio por la primera puerta derecha.) El estado del general exige mucho reposo Hay que evitarle toda clase de emociones.

EUS. ¿Cómo lo encuentra usted esta tarde?

EST. Más tranquilo desde que le dí la noticia de haber llegado su ayudante restablecido de la herida. ¡Como le quiere tanto!...

EUS. No lo sabe usted bien.

EST. Conque si ocurriera alguna novedad, que se me avise por teléfono.

EUS. Descuide usted.

EST. Hasta la noche. (Vase por el foro.)

ESCENA II

EUSEBIO, después RICARDO

EUS. ¡Villalar en Madrid con la salud recobrada... el general Leiva allá devorado por la afrenta!... ¡Oh, Dios mío, qué injusticia!.... (Señala primera derecha. Ricardo entra por el foro.)

RIC. ¿En qué piensa ese viejo cerebro?

EUS. Mi coronel...

RIC. ¿Y el general? Supongo que ya le habrá hecho Estévanes la visita.

EUS. Sí, señor. Acaba de marcharse para volver esta noche.

RIC. ¿Qué ha dicho?

EUS. ¡Lo de siempre!... Que está mal de su afección, que le evitemos emociones, que tenga tranquilidad... ¡Y mientras tanto la ira y la vergüenza lo van devorando poco á poco!

RIC. ¿Sabes si le ha dado la noticia del regreso del señorito Fernando... ¡Sí, seguro! Tiene un tacto para dar noticias con oportunidad...

EUS. ¡Todo se lo ha referido! La lucha que el herido sostuvo durante un mes para vencer á la muerte; la victoria de la juventud y de la fuerza; su llegada á Madrid esta mañana... ¡todo... todo lo ha dicho! Hasta los gritos delirantes del herido llamando á su general, llamandoá la señorita Mercedes, durante los ataques más terribles de la fiebre.

RIC. ¿Y el general qué decía?

EUS. ¡Nada! Sonreirse; pero me cogió la mano, y á cada necio recuerdo me la apretaba con tanta fuerza... ¡Oh, qué pena!

RIC. Llegó el momento de las grandes resoluciones.

EUS. ¡Mi coronel!...

RIC. ¡Sí! Es mejor arriesgar un remedio heróico, que presenciar inactivos cómo se le va gangrenando el corazón. ¡El tiempo apremia. Llama á la señora generala.

EUS. ¿Va usía á hablarla?

RIC. Es indispensable. Cuando las lanzas se enristran, y sus moharras se dirigen al pecho del enemigo, no debe escucharse más que el toque de *degüello* y caiga el que caiga. Dila á su excelencia que la espero.

EUS. Sólo en usted confío. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

RICARDO

(Aproximándose á la chimenea y reparando en el estuche de pistolas.) ¡Ah!... ¡Pistolas de desafío! Míseras defensoras de la honra, ¡cuán poco valéis en este caso de honor! (Mercedes entra por segunda derecha.)

ESCENA IV

MERCEDES y RICARDO

MER. (Con abatimiento.) Adiós, Ricardo.

RIC. (Aproximándola á una butaca.) Venga usted acá. ¿Y Patricio? ¿Cómo está ese pobre enfermo?

MER. Hoy le ha encontrado Estévanes con más animación... no sé por qué. Yo le he visto tan poco... un momento. No me atrevo á entrar ahí... (Señala primera puerta derecha.) No puedo preguntarle, ni asistirle, ni decirle á gritos mi inocencia: ¡ya no es mío! (Llora.) Estoy condenada á verle morir, á callar como una delincuente, cuando los torbellinos de indignación que brotan de mi pecho, me impulsan á decirle: «¡Mientes! Yo no soy despojo de un amante... ¡soy tuya!» Y me callo, y devoro el ultraje... y me muero... ¡Esto es muy cruel, Ricardo!

RIC. Vamos, cálmese usted.

MER. No me queda otro recurso que el silencio, y si proclamo mi inocencia es para escuchar frases de dudas... ¡de eternas dudas de vergüenza!

RIC. La verdad resplandecerá.

MER. Cuando no tenga fuerzas para sostener la pesadumbre de una cruz infamante, ni alientos para subir la áspera cuesta de un calvario inmerecido... ¿Qué he hecho yo? ¡Dígamelo usted, el amigo de Patricio, el compa-

ñero de su vida! ¿Hasta qué lugar de afrenta lleva su pensamiento? ¿Por qué aborrece mi recuerdo, y maldice á la que tantas veces bendijo? ¡Dígamelo usted por Dios!

RIC. ¡Hija mía, basta de lágrimas! La inocencia debe exigir y no implorar.

MER. (Vibrante de energía é indignación.) ¡Ah! Ya lo haría con el Patricio de otros tiempos; con el hombre vigoroso, de alma serena, para juzgarme, y de energías para destruirme. (Cambio brusco y con acento de ternura.) Pero al enfermo, al que puede matar una protesta; al infortunado que desvaría... ¡oh! para él sólo encuentro palabras de ternura, acentos humildes y frases de compasión... ¿Cómo puedo vindicar mi honra? ¡Voy yo á matarle, Dios mío!

RIC. Deseche usted ese pensamiento. Yo creo que explicándole el puesto que ocupa Fernando en su amistad...

MER. ¡Si no me escucha!... ¡Si es que no me cree! Y si le hablo, mis acentos de mujer honrada llegan á sus oídos como gritos acusadores de una infamia.

RIC. Hay detalles en.. esa amistad que son los que han formado en Patricio la convicción de su falta.

MER. (Con grito de protesta.) ¡De mi falta! ¡Oh! ¡Usted también cree!... (Hace ademán de levantarse.)

RIC. (Precipitadamente y deteniéndola.) ¡Yo no dudo!... Quería decir la creencia... el error. He escuchado á Fernando, la escucho á usted: ¡qué he de dudar!

MER. ¡Gracias!...

RIC. Ni dudará él cuando la oiga.

MER. ¡Sí; me oirá y no tendrá otro remedio que creerme! (Levantándose.) ¡Que Dios me ayude!

RIC. ¿Va usted á hablarle?... ¡Cuidado! Sus exaltaciones le extravían la razón y...

MER. ¡Nada temo! (Se dirige, seguida de Ricardo, hacia la primera puerta derecha.)

RIC. (Interponiéndose entre ella y la puerta.) Es inoportuno el momento. Yo quisiera hablarle aho-

ra mismo á Fernando, y después preparar una entrevista.

MER. ¿Con Patricio?

RIC. Sí. Tenga calma y prométame seguir mi consejo.

MER. ¡Se lo prometo! Pero vuelva pronto.

RIC. Confíe en mí. (Vase por el foro.)

ESCENA V

MERCEDES

¡Siempre el aplazamiento...! Jamás he visto á la verdad tan desdeñada, y á la creencia falsa de un delito, formar una convicción tan indestructible en la conciencia... ¡Dios mío! ¿Pero, por qué duda? ¿Cómo podría hacer llegar á su ánimo algo de tanta pasión como guardo en mi pecho para él... sólo para el infortunado que se muere sin remedio? ¡Inspiradme, Dios mío! ¡Que escuche el acento de la honradez, que llegue hasta su alma la voz de la inocencia! (Calla al ver á Eusebio. Levantándose.) ¡Eusebio!

ESCENA VI

MERCEDES y EUSEBIO

EUS. Señora...

MER. ¿Y su excelencia?

EUS. Regular... no está tan decaído como ayer

MER. ¿Te ha preguntado por mí?

EUS. No, señora. Me manda para que vea si está la chimenea bien encendida. (Se dirige á la chimenea, que arregla.) ¡Tiene siempre tanto frío...! Cuanto más se aproxima al hielo eterno irremediable, más daño le hace el frío.

MER. ¿Quiere venir aquí?

EUS. Aun tardará (Dejando el arreglo de la chimenea.) Cuando esté más caldeada la habitación le avisaré. Si no me manda vuecencia...

MER. ¡No, nada! (Se retira Eusebio por el foro y repentinamente lanza un grito de sorprsa.)

EUS. ¡Villalar!

MER. (Levantándose espantada.) ¡Qué...!

EUS. ¡El señorito Fernando! (Entra éste por el foro y se detiene.)

ESCENA VII

DICHOS y FERNANDO

FERN. ¿No esperabas verme tan pronto? (A Mercedes.)

MER. ¡Tú aquí!

FERN. ¡Yo! Cuando se pierde una joya que se estima más que á la vida, se la busca por los sitios donde se ha perdido. ¡Vengo en busca de esa joya! Eusebio; le ruego que se retire: tengo que hablarle á su excelencia. (Señala á Mercedes.)

EUS. (Con ademan de enérgica protesta.) ¡Yo...!

FERN. (Con ira.) ¡Ah! ¡Cuidado, que si salieron muchas amarguras por mi herida, aun conservo tantas que podrían cegarme y... (Da un paso amenazador y se detiene.) ¡Yo le ruego que se vaya!

EUS. Por mucha amargura que tenga...

MER. (Con dignidad.) ¡Eusebio!

EUS. (Dominado.) ¡Está bien!

MER. ¡Me ofendes!

EUS. ¡Señora...!

MER. ¡Afrentas á una mujer honrada! ¡No olvides que aún llevo sin mancha su apellido! (Le señala la puerta primera derecha.)

EUS. ¡Perdóneme vuecencia! (Vase primera derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos EUSEBIO

MER. (Saliendo al encuentro de Fernando.) ¡Fernando!

FERN. ¡Mercedes!

MER. ¡Vete; si aún me conservas algún afecto y te inspira compasión tanta desdicha, yo te ruego que te vayas. . vete, Fernando!

FERN. ¡Irme! Es imposible. No puedo quedar bajo el peso acusador de una traición imaginaria, deshonrado á los ojos de tu marido.

MER. Tú no tienes que sincerarte, yo soy la única que ha perdido su honor.

FERN. ¡La única! ¿Y el mío? Ignoraba que el honor estuviera vinculado en la mujer. ¡No; yo salvaré el tuyo al mismo tiempo que conservo el mío!

MER. ¿Qué pretendes?

FERN. Explicarle al general lo que sí he callado hasta ahora fué porque me puso una mordaza el proyectil. ¡Quiero hablarle!

MER. ¡Eso es imposible...! ¡Lo matarías!

FERN. Pero morirá tranquilo. Tiene la voz de la verdad acentos tan claros, que si no está loco, tiene por necesidad, que creerme. Y me creerá; que cuando se va á morir como yo quiero, á los labios no acude la mentira, porque en ellos se atropella la plegaria. Por eso he defendido tanto mi vida; y cuando mi pecho desgarrado me causaba la fiebre intensa del que va á morir, gritaba: ¡No!... ¡La vida... solo un átomo de ella para salvar mi honor... para salvarte á tí!

MER. ¡Para salvar á Patricio! ¡Y Dios me escuchó cuando no has muerto...! ¡Me dirigí al Dios de justicia para que te salvara y pudiera oir tu explicación. ¡Qué iba á ser de su honor si tú morías! ¿Podría convencerle yo sola? Y mis ruegos llegaron al cielo... Si te salvó para que ahora lo salves á él... Pero aun no es tiempo. Ricardo salió en tu busca; quería hablarte, obtener de Patricio una entrevista é inclinarle el ánimo á la clemencia para que nos escuche á los dos. (Entra Eusebio por primera puerta derecha.)

ESCENA IX

DICHOS y EUSEBIO

EUS. ¡Su excelencia viene!

MER. ¡Vete!

FERN. ¡Irme sin hablarle... sin besar la mano de ese desgraciado por el que daría mi vida!... ¡Oh, Mercedes!

MER. ¡Sí vete! ¡Confiemos en Ricardo!

EUS. Su excelencia está muy enfermo y si viera á..

MER. ¡Vete, Fernando!

FERN. ¡Sí; me voy! .. ¡Hasta muy pronto! (Vase por el foro)

ESCENA X

DICHOS, menos FERNANDO

MER. (Á Eusebio en voz baja.) ¡Silencio! ¡Ni una palabra de haber visto al señorito Fernando. ¡En vez de salvarle lo matarías!

EUS. No tema vuecencia.

MER. ¡Por Dios... silencio! (Vase por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XI

EUSEBIO

¡Silencio! ¡Sí, callaré! Nada sabrá de esta conferencia del tigre con la hiena para vencer al león... (Hace un gesto amenazador, que reprime al mirar á la primera derecha.) ¡El general viene!... ¡Desgraciado! ¡Como se funde el acero! (Retrocede para dejar paso a Patricio, que se detiene en la puerta, dando muestras de cruel padecimiento y debilidad. Su voz breve, entrecortada, como si le faltase aliento, pero sin prolongar las pausas Su paso vacilante sin exageraciones, apoyándose en los muebles, mas bien como descansos momentáneos que como necesidad para andar.)

ESCENA XII

DICHOS y PATRICIO

PAT. (Brusco.) Retirate.
EUS. ¿Cómo está vuecencia?
PAT. ¿No lo ves...? ¡Muy bien!
EUS. (Con sonrisa de ternura.) Noto mucha mejoría, y esas piernas...
PAT. ¡Ah! No me hables de ellas. Si se fusilara á la rebeldía mandaba fusilar mis piernas... Vete. (Avanza hasta el proscenio. Eusebio se retira por la primera derecha.)

ESCENA XIII

PATRICIO

¡Qué frío! (Colérico.) ¡Ese Eusebio! (Llamando.) ¡Eusebio! (Pausa. Con ira reprimida al principio, vehemente al terminar.) ¡Pobre voz! Ni alientos para llamarlo, ni alientos para salvarme... Pero los tengo para aborrecer... ¡Oh, qué grandes para odiar... qué inmensos para destruir! (Llamando de nuevo.) ¡Eusebio! (Entra en escena Eusebio por la primera derecha.)

ESCENA XIV

PATRICIO y EUSEBIO

EUS. ¿Me llamaba vuecencia?
PAT. Esta habitación está helada.
EUS. ¡Helada!
PAT. ¿No lo sientes? ¿Crees que tu sangre de ochenta años conserva más calor que la mía?... ¿Tú lo crees?

EUS. ¡Mi general...

PAT. (Señalando la chimenea.) Hecha troncos... ¡una hoguera! Que oiga el crugir de la leña, que sus llamas templen esta nevera... ¡Qué frío!

EUS. (Con fingida y respetuosa jovialidad.) Tenía vuecencia razón: ¡es muy mala esa leña! (Vase por primera derecha.)

ESCENA XV

PATRICIO

¡Vencido sin luchar!... ¡vencido!... ¡Allá en las montañas, la lucha franca con sol que alumbra el combate... aquí misterio, obscuridad, silencio; un enemigo artero que se embosca, y que me hiere, y que me mata! ¡Ah, no; también saldrás vencido.. yo ahogaré el grito de triunfo en tu garganta! (Levantándose.) No irá mal redactada la carta que le voy á escribir á Fernando, que un mes para madurar mi pensamiento... Un mes de torturas horribles, de padecer con tanta intensidad, que llegué á figurarme que se me desgarraba el corazón... Pero, no; soy fuerte, tan resistente al dolor como la encina, que prosigue de pie, desafiando tempestades, después de herida por el rayo. (Marcha al pupitre y escribe. Entra Ricardo por el foro. Al llegar próximo á Patricio, éste le oye y deja la escritura.)

ESCENA XVI

PATRICIO y RICARDO

PAT. ¡Ah!... ¡Tú aquí!.. Me permitirás que termine. (Escribe.)

RIC. (Sentándose.) Escribe todo lo que quieras; no tengo prisa. (Patricio escribe. Ricardo le observa. Aparte.) ¡Qué cambio tan terrible! Si supiera que acabo de ver á Fernando, que ha estado aquí, en presencia de Mercedes.. ¡oh!

PAT. (Doblando el sobre y tocando un timbre.) Hecho. (Se levanta. Ricardo le estrecha la mano.) ¿A qué circunstacia debo el placer de verte tan temprano? (Avanza en dirección de la chimenea.)

RIC. No tenía nada que hacer... He almorzado en el Casino, y por no dormirme en la Peña...

PAT. (Interrumpiéndole al ver á Pedro, que entra por el foro.) Espera. (A Pedro entregándole la carta.. Esta carta á su destino. (Vase Pedro por el foro) A Ricardo.) Continúa.

RIC. Y nada, que vengo á darte la jaqueca.

PAT. (Sentándose próximo al fuego.) No. Para tí todas las horas son buenas.

RIC. Buen día de Febrero, ¿eh?

PAT. Yo, como siempre, tengo frío... Perdido el antiguo vigor, á mi pobre cuerpo no le queda otra estación que el invierno... ¡toda la vida invierno!

RIC. ¿Quieres que eche más leña?

PAT. Si fueras tan amable ..

RIC. (Al incorporarse.) ¡Ah! ¡Soberbio estuche! ¿Puede verse?

PAT. ¡Por qué no!

RIC. (Levantando la tapa.) ¡Pistolas de desafío! ¿Es un regalo? (Marcha con el estuche hasta la proximidad del velador.)

PAT. No Hace tiempo que las encargué á Londres.

RIC. (Sacando una del estuche.) ¡Buena firma!

PAT. Ten cuidado, porque las dejé cargadas, y como están al pelo...

RIC. (Dejando la pistola en el estuche y éste sobre el velador.) ¿Y desde cuándo tú, el amante del acero silencioso, te inclinas por estas armas ruidosas?

PAT. Cuando un cuerpo débil no puede sostenerse, busca el apoyo. Si el corazón, con palpitaciones horribles, quita al brazo las fuerzas, las pistolas se transforman en sostenes de nuestro honor.

RIC. Entonces, esas armas... (En tono de reconvención amistosa.) Patricio, ¿qué pretendes hacer?... Contesta; mira que puedes ver sombras don-

de reverbera la luz. Dime: ¿vas á provocar á Fernando?

PAT. Sí, solo esperaba su llegada.

RIC. (Aparte.) ¡Batirse este infortunado! Tiene un duelo con la muerte, y esa no le perdona... ¡Le vence, sin remedio! (En voz alta.) Pero ¿has pensado que á todo duelo debe preceder la ofensa?

PAT. ¡La ofensa!

RIC. Sí, la ofensa. ¿En qué vas á fundar tu provocación?

PAT. (Titubeando.) Alegaré un pretexto... ¡cualquiera! Todo, menos que suene el nombre de Mercedes al ruído del disparo.

RIC. ¿Tú crees que el mundo se conforma con un pretexto? El estampido de una de esas pistolas será el *inri* que pongas á la mujer que lleva tu apellido.

PAT. ¡Que mancha mi apellido!

RIC. ¿Que lo mancha? Pruébalo.

PAT. No, ahora, no. Deja que duerman las iras.

RIC. ¡Acúsala!

PAT. ¡Sí! Y convertiré en árbitro de una justicia implacable al plañidero defensor inconsciente de un delito ¿Quieres pruebas? Te las daré, porque me juzgas mal, con crueldades de fiera. ¡Y no es eso, no! Es que la resignación del mártir deja el paso franco á la cólera del vengador. ¡Me vas á oir!

RIC. Pero no te exaltes.

PAT. ¿Recuerdas la noche que fué herido Villalar? (Signo afirmativo de Ricardo.) El recuerdo me abrasa la sangre con un dolor tan intenso.. ¡tan intenso, Dios mío, que el lento estertor del moribundo sería descanso de un tormento que no merezco, que es injusto, muy injusto! .. (Solloza reclinada sobre Ricardo.)

RIC. ¿Qué tienes?

PAT. (Reponiéndose.) Nada... Ya se disipan las sombras que nublaban mi vista y las ráfagas heladas que me sacudían el corazón... Voy á terminar. El pecho de Villalar se extremecía al contacto de la sonda, que penetraba en la herida lentamente.. Y aquel acero se

desviaba del corazón, se alejaba, salvando órganos esenciales de la vida, como si el proyectil hubiera sentido misericordia al chocar con el cuerpo humano... La herida fué vendada, el cansancio cerró tus ojos, y quedamos velando al que moría... arriba, Dios; abajo, el amante ardiendo en fiebre; el médico, soñando con darle vida, y el marido ultrajado sonriendo al negro pensamiento de la venganza... Su uniforme estaba allí, á mi alcance; el doctor no me veía, y extraje, como un ladrón, la prueba terminante de su delito...

RIC. ¡La prueba!... ¿Qué estás diciendo?

PAT. ¡La prueba, sí! ¿No la querías?... ¡Pues míralá! (Le enseña la sortija de Mercedes.) ¡La sortija de Mercedes!... ¡La sortija de su madre!

RIC. (Aparte con acento de cólera.) ¡Oh! ¡Mentiste, Villalar!

PAT. ¿No me pedías una prueba? Pues ya la tienes. ¿Quieres otras? Pídeselas á los besos infames dados en tu presencia y en la mía.

RIC. ¡También se besa á una hermana!

PAT. ¡Sí!... Pero aquellos fueron estampados por una fraternidad del adulterio.

RIC. No lances esa acusación sin escucharles. Yo les hablaré antes. Escúchalos, y después obra; pero que sea cuando la razón soberana preste á tu conciencia la fuerza de la justicia.

PAT. Bien. Accedo á tu consejo.

RIC. ¿Que accedes?

PAT. Sí. Háblales... Estudia sus almas, que también tiene su atracción lo horrible.

RIC. (Levantándose.) ¡Gracias! No quiero perder un minuto. Adiós, y ten confianza en el cielo.

PAT. También la tengo en mi brazo... ¡más que en mi brazo en mi odio! (Ricardo se retira por el foro.)

ESCENA XVII

PATRICIO

¡Solo con mi desesperación y mi vergüenza!... (Se dirige á la chimenea y repara al sentarse en las pistolas. Sonriendo con alegria feroz.) ¡Ah! ¡Mis amigas!... ¡Las saluda el amante del acero silencioso!... Así me ha llamado Ricardo... ¡Es cierto!... Cuando mi brazo tenía arrogancia para hacerlo vibrar... pero ahora... (Con ira.) ¡La esclava dócil á mi mano, se convertiría en espada rebelde y desleal! ¡Hay que repudiar la espada! (Toca el timbre y se sienta.)

ESCENA XVIII

PATRICIO y EUSEBIO

EUS. (Entrando por el foro.) Mi general...

PAT. Acércate. (Eusebio avanza unos pasos.) ¡Más!... ¿Es que te causo espanto?

EUS. ¡Oh!...

PAT. ¿Tú también me desprecias?

EUS. ¡Despreciar yo!...

PAT. ¡Tienes razón!... Ven á mi lado. Necesito tus ternuras, tu lealtad hasta mi muerte... ¡ya muy próxima, Eusebio!

EUS. ¡Mi general!... ¡Qué tiene vuecencia! (Llamando.) ¡Señori...!

PAT. (Interrumpiéndole.) ¿A quién vas á llamar?.. ¡Dí!... ¿á quién?

EUS. ¡A nadie!... Decía... señorito...

PAT. ¡Ah!... Tranquilízate... Ya estoy bueno y respiro mejor. (Levantándose con sonrisa dolorosa.) ¿Ves? (Rechazando á Eusebio, que trata de sostenerlo.) ¡Apartá!... ¡Así! ¿Ves cómo me sostengo solo?... Pero aun necesito fuerzas... ¡Con muy pocas más tendría bastante!... ¡Con las tuyas, pobre anciano!

EUS. ¡Las mías las necesito para matar al que le ultraja!

PAT. ¡Tú!... ¡Tú matar...!

EUS. ¡Sí, yo!

PAT. ¡Cuidado!... ¡Ese hombre me pertenece!... ¡Es mío!

EUS. ¡No; yo lo mato!

PAT. ¡Lo respetas!... ¿Me has oído?... Y si atentaras á su vida... ¡oh!... (Levanta el brazo sobre Eusebio y lo deja caer lentamente como horrorizado.)

EUS. (Bajando la cabeza con humildad.) ¡Pegue vuecencia!... No es afrenta, que ramas de un mismo árbol sacudidas por el vendabal se choquen. ¡Pegue, mi general! (Con acento desgarrador presentándole la mejilla.) ¡Pegue vuecencia!

PAT. ¡Yo infamarte!... (Con sonrisa dolorosa, avanzando.) ¡Tú, pobre anciano, había creído!... ¡No! Esta es la bofetada que da el general Leiva á un criado! (Le agarra la cabeza y besa la frente.)

EUS. ¡Mi general!... (Quedan abrazados breves momentos.)

PAT. (Rechazándolo con dulzura.) Necesito reposo... ¡No puedo más! (Se sienta, ayudado de Eusebio, cerca de la chimenea.) ¡Qué incoherencias del espíritu!... ¡Cómo me hundo en las espantosas controversias de la duda!... ¡Iluminarme, Dios mío!... ¿Por qué tanta luz en ese firmamento inmenso... tanto arrogante esplendor en tus auroras, y á mí me niegas un destello?... ¡sólo un destello!... ¡uno tan solo!... (Eusebio le escucha con terror, aproximándose á la segunda derecha, por donde entra en escena Mercedes.)

ESCENA XIX

PATRICIO, MERCEDES, EUSEBIO y RICARDO

EUS. (Avanzando con Mercedes hacia el proscenio.) ¡Se nos muere!... ¡Hay que salvarle!

RIC. ¡Valor, hija mía!

MER. ¡Que Dios me dé fuerzas!

EUS. (Con terror.) ¡Mi coronel!... ¿y esas pistolas?

RIC. ¡Yo velaré por ella! (A Mercedes.) Después entrará Fernando. (Ricardo y Eusebio se retiran por el foro. Mercedes se aproxima á Patricio.)

ESCENA XX

DICHOS, menos EUSEBIO y RICARDO

MER. ¡Patricio!...

PAT. (Levantando la cabeza con sorpresa.) ¡Qué! (Hace un brusco movimiento de cólera y trata de levantarse, cayendo sin fuerzas.) ¡Mercedes!

MER. ¡Patricio mío!

PAT. ¡Tuyo!... ¡Vete!... ¡vete, Mercedes!

MER. Irme es confirmar mi deshonor. ¡No! ¡Antes la muerte!

PAT. ¿Que no te vas?.. ¡Oh... espera!... (Extiende el brazo sobre las pistolas y lo deja caer desfallecido.) ¡No puedo!... ¡Me ahogo!...

MER. ¡Yo quiero morir contigo!.. ¡La muerte!

PAT. ¡Vete!... No quiero oirte.

MER. ¡No, mátame, redime tu honra con mi sangre! .. ¿No consideras mi vida como rescate de la tuya?... Pues tenla... Ya verás cómo sonrío... ¡Sí; la muerte! ¡Pero déjame besar antes tu mano! (Cayendo de rodillas.) ¡Un beso en ella! ¡un beso que haga más tolerable mi martirio! ¿No me oyes?... ¿Niegas á la niña que amparaste la petición de besar la mano que la mata?

PAT. ¡Calla!

MER. ¿Rechazas la última petición de la que tuvo para tí ternuras inagotables?

PAT. ¡Ahora no!... La confesión del delito en presencia de Fernando: ¡de tu amante!

MER. (Levantándose con indignación.) ¡Yo la amante de Villalar!... ¡Oh, que infam...!

PAT. Termina la frase insultadora: ¡qué mejor martillazo para clavar sobre la cruz al hombre que deshonraste!

MER. ¡No, no!... ¡Yo deshonrarte!

PAT. ¡Aparta!... ¡Me estás matando!

MER. ¡Y qué me importa, si voy á morir á tu

lado!... ¡No, Patricio; no he mentido! Soy tuya, y si he guardado silencio devorando afrentas, fué porque venías enfermo... por consejo de Ricardo.

PAT. ¡De Ricardo!

MER. Me decían que callara, que podías agravarte y no me atrevía... ¡Tenía miedo!... ¡un miedo espantoso de perderte! Y seguía callando, y mi silencio, en vez de salvarte, te iba confirmando mi delito. Fuí crédula y me decía: «No puede creer mucho tiempo en mi perjurio: ¿no ve que le estoy adorando?» Y cuando mi presencia te hacía temblar de ira, me retiraba en vez de gritarte mi inocencia. ¡Fuí primero confiada, después cobarde!

PAT. (Mirándola con sorpresa.) ¡Mercedes!...

MER. Cobarde para rehabilitarme, para que escucharas la protesta de una mujer calumniada, más cobarde aún para confesarte mis afectos de niña.

PAT. ¡Tus afectos! ¿A cuales te refieres?

MER. Al que un día profesé á Fernando.

PAT. ¡Tú... por Fernando!... ¡Es extraña la confidencia!... ¡Qué impensada!

MER. ¡Cuando podía amarle sin deshonor!... ¡cuando era libre!

PAT. ¡Termina tu confesión!

MER. ¡Tranquilízate!

PAT. Estoy tranquilo... Pocas veces ha circulado mi sangre con cadencia más sosegada.

MER. Yo te suplico que...

PAT. ¡No!... ¡Tu secreto!.. ¡Tu amor por Fernando!

MER. Fué una pasión de los primeros albores de mi vida; un amor que después luchó con el que tú me inspiraste.

PAT. ¡Qué estás diciendo!

MER. Mi vida tranquila á tu lado; mi cariño hacia tí creciendo; el respeto que me inspirabas trocándose, por ley misteriosa del corazón, en un anhelo constante de verte, y de escucharte, y de fundir mis pensamientos en los tuyos. Después las ausencias de Fernando, coincidiendo con el amor que adivi-

né en tí, que me venció, que me hizo admirarte y hacerme adorar ese corazón tan generoso.

PAT. ¡Mercedes!

MER. Y ese amor me arrancó la promesa de olvidar á Fernando para consagrarte mi vida.

PAT. ¡Ah!

MER. ¿Qué más podía ofrecerte?... ¡Qué más podía entregarte una mujer, Patricio mío!

PAT. ¡Esas lágrimas que nunca ví en tus ojos!... (Va á echarle los brazos y se detiene bruscamente.) ¡No, no!.. Habla, Mercedes...

MER. ¡Sí, tu Mercedes! La niña que creció á tu lado, la mujer que es tuya, sin otro pensamiento que quererte.

PAT. ¿Es cierto? Sí, tiene que serlo... si no harías cómplice á tu alma del engaño.

MER. ¡No hay más cómplice que mi desdicha y tu infortunio!

PAT. ¿Es verdad que no mientes?...

MER. ¡Mentirte yo!

PAT. Entonces Fernando aquella noche... ¡mi sospecha!. . (Entra Fernando por el foro y se detiene.) su pecho que las balas respetaron... (Calla al escuchar la voz de Fernando.)

ESCENA XXI

DICHOS y FERNANDO

FERN. ¡General! (Mercedes se levanta precipitadamente. Patricio, con gran esfuerzo, se levanta y apoya en el respaldo de la butaca.) El pecho que las balas respetaron, aquí lo tiene: ¡es suyo!

PAT. ¡Fernando!... Aproxímate... Aquí... ¡muy cerca!... Mis ojos, calcinados por las lágrimas, ven poco... y yo quiero verte... ¡ven!... (Fernando se acerca.) ¡Ya te distingo!...

FERN. Jamás le ha faltado mi ternura: ¡nunca, mi general!

PAT Entonces garantiza con tu honor el honor de este pobre enfermo... ¡¡justifícate!

FERN. ¡Justificarme! ¿Y de qué crimen? No tengo sobre mi conciencia otra falta que la de...

PAT. Te detiene la compasión, ¿no es verdad?... Pues yo terminaré tu pensamiento... si no se agotan mis fuerzas... ¡Dios mío! (Cae desfallecido en los brazos de Fernando y Mercedes.)

FERN. ¡Mi general!

MER. ¡Patricio mío!

PAT. Tu crimen ha sido amarla... cuando era libre.

MER. No te mortifique el pasado de una niña, piensa en la mujer que te adora.

FERN. Fueron amores de la infancia... después ella le amó, yo la olvidé y...

PAT. ¡Pobre Fernando!

FERN. ¡Yo le juro!...

PAT. No... no jures.

FERN. Nada se opone á que sea dichoso, teniendo á su lado un ángel.

PAT. Ya la encontraré en el cielo.

MER. ¡No!

FERN. ¡Mi general!...

PAT. (A Fernando.) Tú no sabes lo que padezco... mi vergüenza aquella noche... aquí... en este salón... ¡allí mismo! (Señala al punto de la escena que ocupaban Mercedes y Fernando, al final del primer acto.)

FERN. Testigo de la pureza de nuestro afecto. Iba á campaña, podía morir... ¡lo deseaba! y quería llevar sobre mi pecho un testimonio de su cariño, que en nada atacaba á su honor.

MER. Y entonces le entregué, no el recuerdo impuro de una amante, sino el símbolo de cariño de una hermana... ¡la sortija de mi madre! Y conmovido entonces me besó la mano y...

FERN. ¡Como hubiera besado el manto inmaculado de la Virgen!

PAT. ¡Basta!... La culpa es mía... ¡Quimeras del espíritu... fantasma de muerte! (A Mercedes.) Perdóname que me haya cruzado en el camino de tu vida... marchando ciego del error á la demencia. (A Fernando.) Perdóname que dudara de tu lealtad... ¡Perdón, Fernando!... ¡Perdóname, Mercedes!

MER. ¡Que te perdone!...

FERN. ¡Mi general! (Le besa la mano.)

PAT. (Levantándose con un resto de energía.) ¡Sí... perdón! (A Mercedes.) ¡Mártir infortunada! (A Fernando señalando con extravío á Mercedes.) Mira la planta del cielo qué llena de lozanía... ¡Ven á tomarla... el que va á morir te la entrega! (Impulsa á Mercedes para que se aproxime á Fernando.) Llegué á la cumbre... ¡Qué agria es la cuesta! (Saca rápidamente la pistola. Mercedes y Fernando, que han retrocedido, avanzan. Ricardo, seguido de Eusebio, entra por la primera derecha, y lanzan un grito de espanto que detiene á Patricio.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, RICARDO y EUSEBIO

RIC. (Corriendo hacia Patricio.) ¡Patricio! (Le coge la pistola, que coloca sobre el velador.)

PAT. ¡Quiero morir... sacrificarme... que sean libres!... (Lanza un grito ahogado y se lleva las manos al pecho, cayendo desvanecido en brazos de Ricardo y Fernando.)

RIC. ¡Patricio!... ¡Compañero de mi vida!... ¡Oyeme!... (Lo coloca con Fernando en una butaca. Mercedes se arrodilla á la izquierda de Patricio, Fernando, á la derecha; á su lado, Ricardo. Eusebio, algo retirado, llora y mira la escena con espanto.)

PAT. (A Mercedes.) ¡Tu mano!... (Colocándola en la de Fernando.) ¡Fernando!... ¡Amaros!... ¡Perdón!... ¡Sacrificio!... ¡Cielo!... (Deja caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca.)

MERC. ¡Patricio mío!

FERN. Mi general... ¡Oh! ¡Muerto!...

RIC. ¡Muerto! (Se reclina sobre el cadaver de Patricio y se incorpora. Con acento solemne.) ¡Su última voluntad ha sido uniros!

MERC. ¡Su última voluntad ha sido el sacrificio!... ¡Yo le juro no llevar otro apellido hasta mi muerte!

FIN DEL DRAMA

NOTA IMPORTANTE

Indumentaria de los personajes del Drama

ACTO PRIMERO

Mercedes, traje elegante de calle; *Patricio*, levita de vestir; *Ricardo*, lo mismo ó de chaquet; *Eusebio*, vestido de negro y corte anticuado; *Pedro*, pantalón de pana y blusa; *Fernando*, levita de vestir ó de uniforme (véase segundo acto).

ACTO SEGUNDO

Patricio, de uniforme, levita sin entorchados, faja, pantalón encarnado sin franja, botas de montar, espuela inglesa de acero, ros enfundado, impermeable ó capote; *Ricardo*, uniforme de coronel de Lanceros (año 1873); *Fernando*, de capitán de Húsares de Pavía ó Princesa; *Eusebio*, traje de campo, obscuro; *Estévanes*, de médico mayor de Sanidad Militar (igual al de la época actual); *Cabo* y *Ordenanza*, de Lanceros.

ACTO TERCERO

Patricio, de bata obscura; *Ricardo*, *Fernando* y *Estévanes*, de paisanos.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.